

La Esfera



Año I * Núm. 20

Precio: 50 cénts.



TIPO SEGOVIANO, por Moreno Carbonero

El jabón de
HENO
DE **PRAVIA**
es el mejor
jabón



A. Ehrmann.

Año I

16 de Mayo de 1914

Núm. 20

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



DIBUJO DE GAMONAL

SRTA. MARÍA LUISA SILVA-BAZÁN Y FERNANDEZ DE HENESTROSA

Hija del introductor de Embajadores señor conde de Pío de Concha, cuya mano ha sido pedida por el infante D. Fernando de Baviera, habiéndose anunciado la boda para el mes de Octubre próximo

DE LA VIDA QUE PASA EL TORO, EL HOMBRE Y EL CABALLO

No voy á incurrir en la vulgaridad de sostener que la corrida de toros sea un espectáculo cruel, que nos degrada espiritualmente y pregonar nuestros atavismos bárbaros. No es eso. La vida misma es cruel y aquel espectáculo no pasa de ser un episodio de la existencia colectiva. Si el odio á la efusión de sangre fuese un programa humano, si los pueblos hubiesen llegado á un concierto, tácito ó expreso para excluir el dolor en sus relaciones, si los hombres se atuviesen á la doctrina de Jesús, para no humillarse ni herirse mutuamente, habría derecho á considerar la corrida de toros como la violación del noble pacto de la bondad universal. Pero, no es eso. La palabra del Divino Maestro ha pasado, desgraciadamente, por nuestras almas, como una piedra al través de la red del alcantarillado, sin descomponerse, sin adherirse ni al contenido ni al continente. Somos, generalmente, unos bellacos y unos miserables, prontos á transgredir, en cada instante, todos los postulados divinos y humanos con tal de sacar á flote nuestros egoísmos; unos pobres diablos que, en cuanto tienen segura la pitanza, asisien, impasibles, á la consumación de las más duras injusticias.

La corrida de toros no es más cruel ni menos cruel que otros episodios de la existencia. Primeramente no es más cruel que la guerra, en la que seres que se ignoraban los unos á los otros, el día antes, se dan la muerte por un quimérico ideal que no es, bien considerado, sino la cobertura de su salvajismo ó su inconsciencia. No es más cruel que el amor, que mata silenciosamente con puñaladas de perfidia, de engaño y de desdén. No es más cruel que el hambre que socava insidiosamente nuestro organismo, lo depaupera y repercute en nuestros descendientes. No es más cruel que la enfermedad que nos deja inermes, nos postra y nos consterna con la visión del más allá. No es más cruel que la mujer que nos contraría sin razón, nos irrita, nos explota y amenudo nos burla. No es más cruel que la lujuria que nos desvela, nos deprava y nos agota, ni más cruel que la avaricia que nos fuerza á truncar los vínculos más sagrados, á sobreponernos á todos los escrúpulos de la conciencia y á vencer todos los generosos imperativos de la piedad... Por último, no es la corrida de toros más cruel que el prójimo, la turbamulta social,

que nos lastima con sus prejuicios, sus intolerancias, sus necesidades y sus ridiculeces.

Si fuésemos sinceros, confesaríamos que nos repugnan los toros por la inmolaición del caballo. La suerte del hombre ó no nos interesa ó nos preocupa menos. El hombre, por serlo, es ya poco estimable; primero porque vemos en él un competidor seguro y un adversario eventual. Luego porque con que se pierda un hombre, dada la fertilidad de la naturaleza, no se pierde nada. ¿Qué vacío se produce en el mundo por la muerte de un torero, por preclaro que sea? En ese punto cada generación tiene sus ídolos. Murieron Romero, Curro Cúchar, Lagartijo y Espartero. Se retrajo definitivamente el Guerra. Se han ido de la arena Bombita y Machaquito, sin que la afición colectiva, cada día más viva, sienta la nostalgia de los muertos ni eche de menos á los ausentes. España que no produce ya grandes capitanes como Gonzalo de Córdoba, ni grandes pintores como Velázquez, ni grandes novelistas como Cervantes, ni dramaturgos de la opulencia mental de Lope y Calderón, seguirá dándonos toreros con los arrestos, la bravura y la destreza indispensables para electrizar á la muchedumbre. En ese respecto la ventripotencia de la raza no se extingue. Los dioses inmortales, tan esquivos con nosotros cuando hemos implorado el que nos consintiesen empalmar espiritualmente con Europa, nos han ofrecido, como desquite, esa compensación: la de tener los toros más bravos del mundo y los toreros más arrogantes... ¿Que es poco? Si solicitásemos la opinión de la mayoría del país, declararíamos, tumultuosamente, que la liberalidad de los dioses, suple, con exceso, á todo lo que nos ha sido negado.

Nos repugnan los toros por el pobre caballo, arrastrado contra su voluntad á la carnicería, despanzurrado sin defensa, el pobre y noble solipédo tan inteligente, tan leal y tan abnegado. ¿Porqué no se busca otro procedimiento de amortiguar la energía del toro, que la suerte de la pica? ¿Por qué aminorar el riesgo del hombre á expensas del caballo? Claro es que si libramos al caballo de las torturas de la plaza de toros no le habremos salvado, porque le queda en perspectiva otro adversario más fainado y más sañudo: el cocherito de punto. Hay algo más terrible para él que el ruedo, al que le conducimos

ciego y sin defensa, y ese algo es, el simón. En la plaza el caballo puede renovar su edad heroica; puede morir románticamente, generosamente sirviendo de escudo al hombre y frente á una fiera bravía. Su muerte, en esas circunstancias, tiene cierta dignidad. Lo humillante es sucumbir uncido al simón desportillado y tiñoso, bajo la férula implacable del auriga moderno, bestia corrompida por la miseria y el alcoholismo. La fusta del cocherito es más cruel que el cuerno del toro, porque el asta mata de una vez y el látigo da la muerte con alevosa lentitud. ¿Qué pensará el caballo en sus soliloquios filosóficos? Porque, es indudable que el caballo piensa. Nuestro orgullo desmedido é insano ha supuesto que ciertas funciones mentales son un privilegio del hombre. Eso es una impostura. El caballo piensa, medita y tal vez raciocine. En esos ratos ¿qué pensará de nosotros? ¿Cómo nos juzgará? Ni Darwin, ni Carlos Brehm han dicho nada sobre eso. Es una lástima que no hayamos prestado más atención á la mentalidad de los animales. Si fuésemos más humildes, si nos resignásemos, como San Francisco de Asís, á ver en las especies inferiores aspectos de la fraternidad universal, los sabios como Ramón y Cajal y Golghi, se habrían aplicado á estudiar las circunvoluciones cerebrales del caballo. Entonces tal vez se llegase á comprobar que nos llevan la delantera en resignación fisiológica y en desdén por la vida. Porque, sin un gran desprecio por la existencia, ¿cómo se avendría el caballo á ser apaleado por el cocherito, que le es, notoriamente, inferior? ¿Cómo iría, mansamente, á la plaza de toros, prestándose á aminorar el peligro del matador?

Todos los pueblos han menester de un ideal, de un estímulo que los exalte y los agrupe, que desate sus colectivos vendavales de pasión; Inglaterra tiene como ideal su dominio de los mares; Alemania es el motor del pensamiento universal; Francia monopoliza el don de enseñar á vivir al mundo; Italia conserva la hegemonía artística universal. Nosotros, favoritos de los dioses, tenemos una ejecutoria: la de los toros... No es bastante para envanecer; es lo suficiente para contentar á un pueblo tan arbitrario como el nuestro que deja morir en la pobreza á Galdós y enriquece á los Gallos...

MANUEL BUENO

LA DANZA DE LAS HORAS

Á mi encuentro se acerca, danzando,
el cortejo sin fe de las Horas,
en las sombras del Tiempo dejando
el fulgor de sus velos de auroras...

Á ofrendarme sus mágicos bienes
de las manos prendidas se acercan,
odaliscas de ignotos harenes
que en su rueda florida me cercan!...

Cada una sus dones esconde...
Se las vé caminar al acaso,
sin saber dónde vienen, ni á dónde
en las sombras dirigen su paso!...

Unas portan en áureos joyeles
que esmaltaron divinos cinceles
el fulgor de un tesoro inaudito
de preciosas y múltiples gemas...
(¿Son acaso los bellos poemas
que he soñado escribir, y aun no he escrito?)

Otras llegan con paso ligero...
En el fondo de eburno joyero
de bairame y armiño forrado,
escintilan collares de perlas...
(Las lágrimas que aún no he derramado
¿en qué seno tendré que verterlas?)

Otras vienen cantando amorosas...
En sus cestos colmados de rosas,
hay un aspid, que aguarda impaciente
algo humano á quien dar su veneno...
(Negros celos, ¿por quién nuevamente
vuestra hambrienta y obscura serpiente
hundirá un aguijón en mi seno?)

Todas pasan cantando... Y alguna,
medio oculta en su manto escarlata,
me presenta un puñal, que á la Luna
lanza vivos reflejos de plata!...



(Blancas novias que aún no han deshojado
su divino azahar en mi lecho,
¿quién será la que clave en mi pecho
ese fino puñal plateado?)

A compás de los tristes laudes,
otras traen, en sus manos crispadas,
esas negras coronas ajadas
que se arrojan en los ataúdes...

(¿Con los ojos de llanto bañados,
te he de ver en el féretro, muerta,
á los hombros de cuatro enlutados
para siempre salir por mi puerta?)

Todas pasan danzando, y un canto
misterioso su paso acompaña...
¿Quién será la que lleva en su manto
escondida la horrible guadaña
cuyo brillo nos hiela de espanto?

¡Y saber que esa hora es la mía!..
De pensarlo se eriza mi vello,
y parece que siento su fría
y acerada cuchilla en mi cuello!..

¡Hora eterna, profunda y sombría,
se en venir á la cita tardía,
que aún no hay nieve en mi negro cabello!
Cuando bese su boca... Aquel día
hunde al fin tu guadaña en mi cuello!..

F. VILLAESPESA

LA ESFERA

LA MUERTE DE MONTERO RÍOS



D. EUGENIO MONTERO RÍOS
Ex presidente del Gobierno español, que ha fallecido en Madrid el día 12 del actual

FOT. KAULAK

El día 12 del actual perdió el partido liberal histórico una de sus figuras de mayor relieve: el ilustre político y eminente jurisconsulto, D. Eugenio Montero Ríos. Su participación bien activa en la política española desde la Restauración hasta el momento actual, es lo bastante conocida y divulgada para que sea necesario recordarla. Así, pues, al registrar la desaparición del ilustre personaje, parecenos de más interés, como texto que acompañe la publicación de la postrera fotografía del gran canonista, consignar lo más saliente de su vida de hombre de Derecho, y que es, lo que en

definitiva le caracterizó. Ministro de Gracia y Justicia con Prim, en 1870, estableció el matrimonio civil, la casación para lo criminal, y reformó la ley Hipotecaria. También fué autor de la reforma del Código penal, en 1872, de la ley de inamovilidad judicial, de la de casación para lo criminal y de la ley del Jurado.

Montero Ríos fué de los profesores que constituyeron la Institución Libre de Enseñanza, al ser expulsados los catedráticos de la Universidad Central, por el primer Gabinete Cánovas del Castillo.



El Sr. Santiago y las Sras. Sánchez Ariño, Nieves Suárez, Martos y Boixader en una escena del segundo acto de la divertidísima comedia "Los chicos de La Calle", original de los Sres. García Álvarez y Plañol, que se ha estrenado, con gran éxito, en el Teatro Español FOT. SALAZAR

CRÓNICA TEATRAL: LA TRAGEDIA

DECIDIDAMENTE, SOMOS refractarios á la tragedia. En *Alcestes*, el genio bonancible que guía los personajes de Galdós va diciéndoles, para descargo de sus penas, alguno que otro pensamiento humorístico y de esta manera el público de Madrid halló entre desierto y desierto un oasis donde refugiarse, huyendo del sol de la tragedia griega. Pero en la terrorífica *Elektra* que representa la Xirgú, como una noble y valerosa furia, no hay oasis que valga. El buen público salió agitado y muchas señoras sintieron ese terror que no es precisamente la emoción trágica, sino que más bien se parece al terror de la tormenta, el trueno, el relámpago y el rayo.

¿Qué haríamos para infundir entre los nuestros, las personas que amamos, las que conviven con nosotros y lo comparten todo menos las íntimas emociones espirituales, un poco de este placer fundado en cosas tan absurdas como una tragedia? Difícil es convencerlas de que hay en el fondo del corazón humano impulsos eternamente invariables y cuerdas que al herirlas un dolor ó una alegría vibran siempre con el mismo son. Les desorienta la túnica ó la clámide y no comprenden bien el juego de las pasiones vestidas con trajes tan antiguos. Todavía transigen con *Alcestes*, encarnada en la figura clásica de María Guerrero, pero es imposible obligarlas á reconocer ni un detalle siquiera del alma helénica en la frente de Emilio Mesejo.

Hubo un tiempo en que trasplantamos á España el gusto de la tragedia y así como supimos llevar á Aranjuez ó la Granja algo de la frondosa y civilizada jardinería versallesca, también quisimos recortar á lo clásico la inspiración de nuestros poetas y convertir en Racine ó Corneille cualquier Huerta, cuando no cualquier Comella. Pero desde aquella época en que Máiquez arrebató al pueblo soberano declamando versos, por regla general bastante flojos, hemos perdido el amor de lo trágico. Nuestras revoluciones—tan modestas, tan para poco—no fomentaron como la Revolución francesa el sentimien-

to del sacrificio de la vida y no fué en España donde se inventó la guillotina, instrumento de perfección moral que contribuyó mucho á desarrollar las aptitudes trágicas de todo un pueblo. Ni uno sólo de los espíritus cultos que subieron al tablado fatal—no hablemos ya de Andrés Chenier—dejó de sentir el influjo benéfico de la educación clásica, en la hora más difícil: la de la muerte en público. Como aquí hay tantas cosas por hacer—ó como yo ignoro tanto—no tengo noticia de que nadie haya comparado los sentimientos que sostienen la débil moral de las pobres víctimas en la carreta de la guillotina y en la procesión de los autos de fe. De esta parte se habría visto, seguramente, ó el sentimiento religioso ó el odio, el furor, la rabia de todo ser viviente, hombre ó alimaña, que se niega á morir sin lucha. Cuando la razón ordenaba y regía sobre los instintos, las víctimas, volvían sus ojos hacia el Crucifijo. De la otra parte, en cambio, veríamos que «el bello morir, honra de toda la vida», estaba inspirado por un sentimiento del amor á la Patria y á la propia dignidad, con raíces éticas y estéticas, que iban á nutrirse en la literatura clásica. Podían morir en verso.

Nuestros contemporáneos, vecinos de Madrid, no pueden imaginar al término de su destino, en la lejana perspectiva del porvenir ni el auto de fe, ni la guillotina. Juzgan que ha pasado ya el tiempo de las revoluciones y del martirio. La prosa les rodea, les abotarga, les insensibiliza. Yo no envidio para mis compatriotas la situación incómoda—por lo menos—del ciudadano de Veracruz ó de Tampico, ni quisiera que nuestras ciudades sufrieran la suerte de Kirilissia; pero alguna vez, viendo la quietud de sus nervios y la invencible tendencia al optimismo transigente ó al pesimismo pasivo, siento que sería necesario avivarles un poco aunque fuera apelando á los grandes recursos. Entonces quizá empezáramos á tener inclinación por la tragedia.

Lo que no se hizo por natural explosión de los sentimientos, es inútil esperarlos del arte. La cultura no puede tomar esa dirección. Yo no olvida-

ré nunca una fiesta familiar en casa de cierto poeta, un verdadero poeta, que no quiero nombrar por si traiciono ingenuamente su delicadeza con este recuerdo. Vivía en París y fueron á visitarle aquella noche varios compañeros de letras; pero yo no conservo sino la impresión viva de una niña—cabellos negros, partidos sobre la frente, grandes ojeras, la falda corta á lo Colette Willy, el escote muy bajo y la cola muy alta—que salió de pronto, como una esfinge resuelta á revelarnos su secreto y empezó á recitar posada de trágico furor los versos de la *Fedra* de Racine:

—*On ne voit point deux fois le rivage des morts, Seigneur, puisque Thèse à vu les sombres bords En vain vous espérez qu'un dieu vous le renvoie...*

He odiado á Racine toda mi vida; pero aquella noche comprendí que tenía un valor real su influjo en el corazón de la parisiense y quizá de la mujer francesa.—¿Quién es esta heroica señorita?—Y el poeta contestó solemnemente á mi pregunta:—Es mademoiselle Gabrielle. La hija de mi portera.—Yo no quiero generalizar y me libraré bien de sacar en consecuencia que las hijas de las porteras de París recitan todas á Racine. Antes al contrario, tengo motivos para creer que se trataba de una muchacha excepcional porque mucho tiempo después he vuelto á verla en Madrid, contratada con muy mala suerte en un salón de *varietés* donde debía limitarse á cantar *couplets* picantes. Pero siempre he creído que la inspiraba un soplo trágico y que en las canciones del boulevard—tan desgarradas—las frases más canallas se las dictaba un Racine depravado y condescendiente.

Entre nosotros, la tragedia *pesa* demasiado, sobre todo si hemos de aguantarla en verso y servida por nuestros actores. Alguna vez la Xirgú, como la Guerrero, se transportan y llegan á darnos la divina emoción. Hemos convenido, sin embargo, que es más fácil llegar al transporte sublime sólo con variar de espectáculo y entrar un día de competencia en la plaza de toros.

Luis BELLO



LOS GRANDES PINTORES ESPAÑOLES
JOSÉ MORENO CARBONERO



Hace tres años, en la Exposición Nacional de 1911, Moreno Carbonero renunció espontáneamente a la medalla de honor que consagraría de un modo definitivo su gloriosa carrera artística. Lo hizo en obsequio de Ignacio Pinazo, otro gran artista contemporáneo suyo. No es precisa sin embargo esta consagración oficial que llegará después de la mundial resonancia del nombre del gran malagueño; cuando sus cuadros, apuntes y bocetos alcanzan elevadísimo precio, no superado por muchos pintores actuales; cuando ya en todas las pinacotecas del mundo, las obras de Moreno Carbonero ocupan lugares preferentes. En plena juventud, en la Exposición Nacional de 1881, obtenía su cuadro *El príncipe de Viana* la primera medalla de oro; tres años después, en la de

1884, volvía a obtener medalla de oro por la *Conversión del duque de Gandía*, que es una de las joyas del Museo de Arte Moderno. Este cuadro—que acaso sea su obra más representativa—había de obtener más laureles: grandes medallas de oro en las Internacionales de Munich y Viena. También la obtuviera el boceto en la Exposición Vaticana donde fué adquirida por León XIII para el Museo de San Juan de Letrán. Actualmente el gran pintor español pisa el umbral de los sesenta años. Y sin embargo, menudo, nervioso, agilísimo de pinceles como de palabra, sigue haciendo arte con la misma seguridad, entusiasmo y cálido apasionamiento que cuando asombrara en París a los Gero-me, á los Detaille, á los Meissonier, cuyos estudios frecuentaba siendo un adolescente.

DIBUJO DE GAMONAL

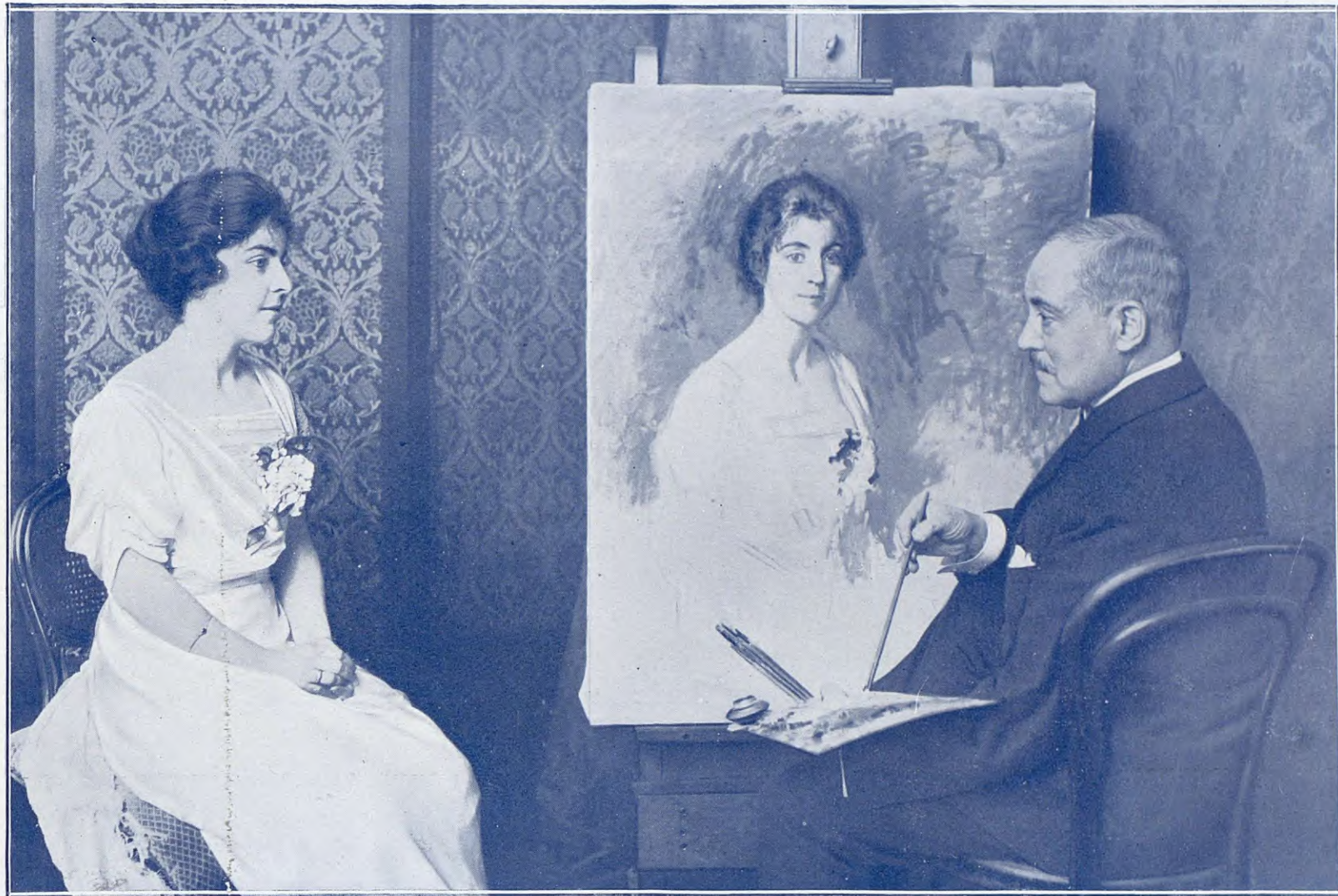
LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



EL PRÍNCIPE DE VIANA

Cuadro de Moreno Carbonero, existente en el Museo de Arte Moderno



El insigne artista Moreno Carbonero pintando el retrato de una de las hijas del duque de Tovar

FOT. CAMPÚA

EL ARTE DE MORENO CARBONERO

Cuando nos decidimos a estudiar la personalidad de un artista, consagrado por largos años de trabajo y por repetidos triunfos, no debemos atender únicamente a las obras aisladas; no debemos juzgarle por una sola obra que, a nuestro juicio, resuma y compendie las anteriores; pero tampoco hemos de juzgarle en conjunto, recordando esos detalles y esas preferencias de composición ó de procedimientos que pueden caracterizar a un artista y que pueden amanerarle, según la mayor ó menor cantidad de personalismo que posea.

No. Será preciso dividir, separar su obra en aquellos aspectos más definidos y representativos, ó, á falta de ellos, en las épocas distintas en que la obra total fuera ejecutada. Analizar aisladamente estos aspectos y épocas, y por último, unirlos, para que del cómputo total surja el juicio, total también.

No permite la reducida extensión de un comentario periodístico ese detallado análisis, ni es posible tampoco encerrar en una página una historia artística tan extensa como la de José Moreno Carbonero. Limitaremos, pues, nuestro trabajo á señalar brevemente los distintos aspectos del ilustre artista.

En Moreno Carbonero se manifiestan claras y bien delimitadas tres personalidades constitutivas, claro es, de la otra personalidad—definitiva—: el pintor de asuntos históricos, el paisajista y el retratista.

Los cuadros históricos son una consecuencia de la época en que Moreno Carbonero empezara á pintar. A nacer unos cuantos años más tarde, quizá Moreno Carbonero hubiera seguido distinto rumbo, toda vez que siempre tuvo y tiene escrupuloso amor al natural. Este honrado amor ya se manifestó durante su primera estancia en París, cuando hubo de abandonar la capital francesa para terminar en España su primer cuadro inspirado en el *Quijote*: *La aventura de las cortes de la muerte*. No era posible encontrar en el cielo y el campo parisién la azul inmensidad y la severa aridez del llano manchego.

En este aspecto de su arte, Moreno Carbonero

ha encontrado siempre una gran escrupulosidad, una respetuosa cultura y un depurado estudio documental de indumentaria y costumbres. A esta serie de cuadros históricos pertenecen, en primer lugar, *La conversión del Duque de Gandía*, *El príncipe de Viana*, *Entrada de Roger de Flor en Constantinopla*, *Los gladiadores después de la lucha* (uno de los mejores y más vigorosos lienzos de Moreno Carbonero), *Gil Blas recibiendo á sus padrinos de boda* y, en cierto modo, *El banquete de Sancho en la Insula Barataria*.

Como retratista tiene también obras muy notables y de refinadísimo buen gusto. Acaso sea—sin que responda de más admirable resultado á su temperamento—este aspecto de Moreno Carbonero el que más le haya producido y el que de modo más sólido y permanente haya contribuido á su fama.

Además de los retratos de D. Alfonso XII, de doña María Cristina, de D. Alfonso XIII (tres á cual más notable) y el de doña Victoria Eugenia, recordemos los del general Martínez Campos, D. Francisco Silvela, D. Gustavo Bañer, Marqués de Cayo del Rey, Marquesa de Cayo del Rey con sus hijos, Duquesa de Nájera, Duquesa de la Viñaza, Marqués del Baztán, don Amós Salvador y el de un hijo del artista, vestido de cazador, con un traje del siglo XVII, y en velazqueña disposición de la figura y composición total del cuadro. La mayoría de estos retratos están pintados á la misma luz y en el mismo sitio donde habían de ser colocados, ajustándose á las relaciones de color de muebles y tapicería, con los que había de armonizar para un total acorde de belleza y luminosidad.

Como paisajista y costumbrista, como pintor de aire libre, tiene también no pocas obras dignas de elogiosa mención. Enamorado del sol de su Andalucía, ha pintado con preferencia el cielo añilado, las campiñas floridas, las mocitas de chillones pañolillos y carnes morenas, los blancos tapiales de cortijos y arquerías, los senderos polvorientos que parten praderas de un verde ubérrimo y lujurioso.

Ejemplos claros y convincentes de este aspecto del ilustre artista, son sus lienzos *Un vado en el Guadalquivir*, *Una fuente en Málaga*, *El paso á nivel*, *La venta del Sevillano*, *Un alto en la alquería* é incluso *El sombrero de tres picos* y *Gil Blas con los bandidos* que, aún perteneciendo á la serie de comentarios pictóricos de obras maestras de la literatura, son también justas y entonadas obras de paisajistas.

Y llegamos á la serie de cuadros de Moreno Carbonero que es donde radica su más alta maestría y sus más notables condiciones técnicas. Me refiero á sus cuadros del *Quijote*, que son la base de su popularidad, y en los cuales encontramos reunidas las personalidades del paisajista y del pintor de historia.

Hasta ahora lleva pintados Moreno Carbonero los siguientes lienzos que representan paisajes del libro inmortal:

El caballero de la triste figura, *Don Quijote en Sierra Morena*, *La aventura de los monjes Benedictinos*, *Encuentro de Sancho con el rucio*, *Encantamiento y regreso de Don Quijote á su aldea en una jaula*, *La aventura de los mercaderes*, *La aventura de los carneros*, *Rocinante y el rucio* y algún otro que acaso olvide involuntariamente.

Los que no olvido son la *Aventura de los molinos*, que todavía no ha terminado de pintar el maestro, y *La primera salida*, que me parece el más admirable de todos. En este paisaje del llano, velado aún por las primeras opalescencias de amanecido, flota una poesía infinita y dulcísima. Es, además, un gran acierto de composición y de ejecución. Y á muy pocos cuadros como á éste podría aplicarse el adjetivo de perfecto, sin peligro de ulteriores rectificaciones.

Por algo un lienzo de tanta valía y de tanta belleza, pertenece á un hombre inteligentísimo, á un ilustre escritor, que en otro tiempo alternara las tareas de escribir admirables novelas y atinadísimos estudios de crítica artística: D. Jacinto Octavio Picón.

SILVIO LAGO

EL ESTUDIO DE MORENO CARBONERO

ESPECIALES consideraciones sugiere al espíritu observador una visita al estudio del gran artista malagueño.

El estudio de un artista, músico, escultor ó pintor, es reflejo infalible no sólo de su temperamento y tendencias, sino de la modalidad dominante de su espíritu; y es índice de cultura, y es exponente de mentalidad, y es síntesis de credos artísticos, de aspiraciones estéticas, que tienen en la propia obra libre manifestación.

El estudio de Moreno Carbonero, amueblado y ornado con aquella suntuosa riqueza y airoso desgarre que caracteriza los estudios de los pintores de la segunda mitad del siglo XIX, tiene, sin embargo, un carácter inconfundible y personal. Tan dentro está de la manera de pintar de Moreno Carbonero, de sus preferencias de época, que una magnífica armadura japonesa de guerrero samurai junto á un caballeresco pendón, que habla de nuestras glorias pretéritas, desentona un poco...

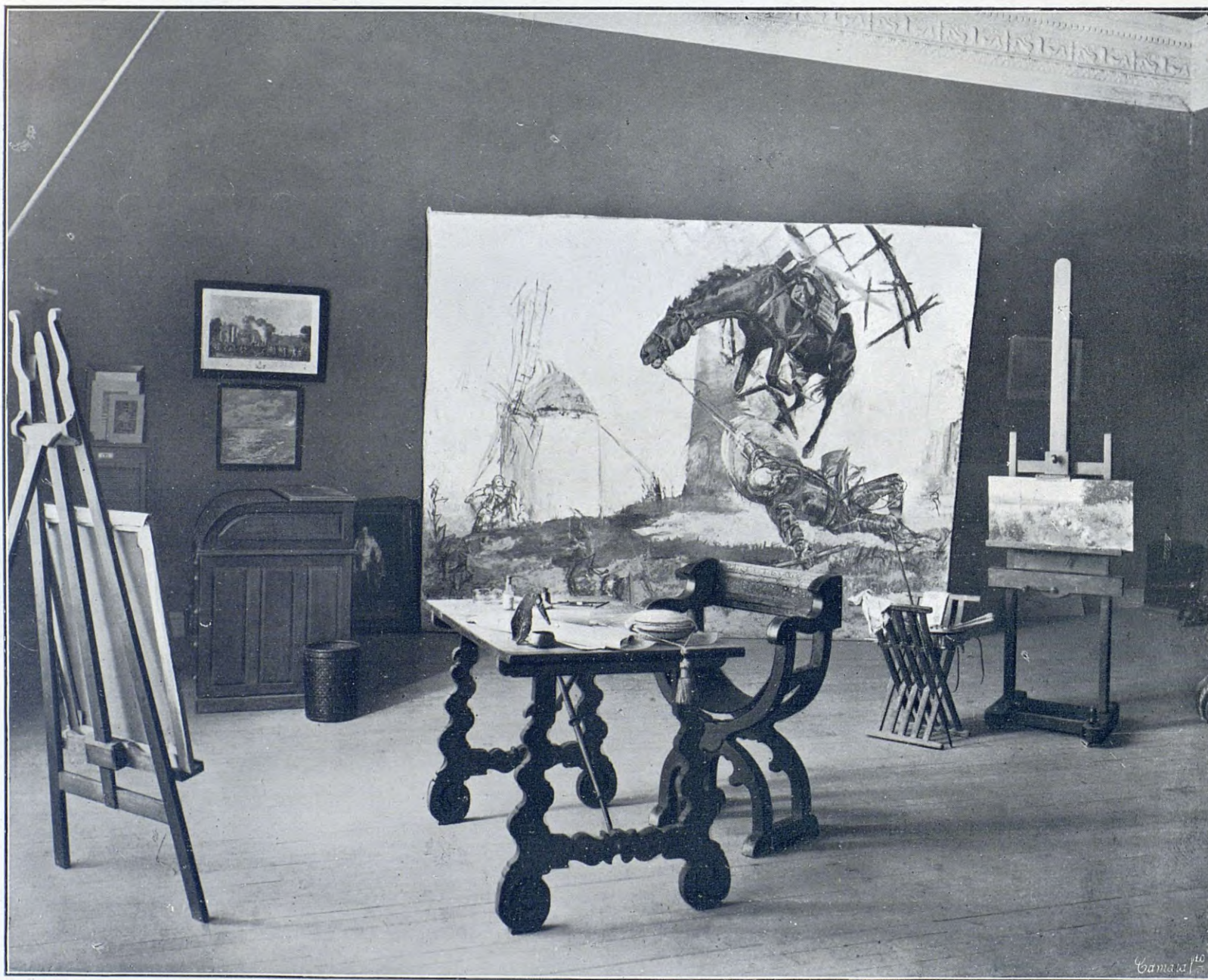
En cambio, qué recia y vigorosa sensación del espíritu severo y altivo



Un rincón del estudio de Moreno Carbonero

de nuestra raza dan las amplias mesas de macizos tableros; las sillas de alto respaldo; los sillones de floreados y heráldicos guadamaciles; los arcones y bargueños; las armaduras roídas por el orín de los años y acaso abolladas por enemigos golpes; los toledanos aceros; los cortos arcabuces y las pesadas pistolas de arzón; los herrajes esbeltos y ásperos á un tiempo mismo; las mallas, encajes y tejidos de las viejas provincias españolas; las bravas lozas de Talavera y las otras más alegres y polícromas de los levantinos pueblos; los cobres de braseros, fuentes y aplicaciones; las monturas de labrado cuero y damascos; los fuertes brocados y los pesados terciopelos con anchos galones de oro que el tiempo amortiguó su brillantez; los orientales tapices, y las mayólicas de Italia, la inmortal...

Y aquí en este ambiente, en esta reconstrucción escrupulosa y cuidada del pasado, Moreno Carbonero pinta los hidalgos de hoy, las gentiles muchachas aristocráticas tan lindas, que son la espuma de mujer española.



Detalle del estudio de Moreno Carbonero.—Al fondo, el cuadro "Aventura de los molinos"

FOTS. CAMPÚA

LA CASA DE UN ARTISTA INSIGNE



Vestíbulo, escalera y detalle de uno de los salones de la casa de Moreno Carbonero

TAN curioso é interesante como el conocimiento de la obra de un artista es su vida misma y el ambiente que le rodea.

Los ideales estéticos y la realidad de que procura el artista rodearse para más total identificación con sus ideales, se completan para ser como una prolongación de las obras...

Así la casa de Moreno Carbonero evoca hasta en sus menores detalles el señorial, hidalgo y castizo castellanismo del más puro Renacimiento español.

Todo en torno del artista refleja la época para él más querida é interpretada en sus cuadros. Muebles, armas, telas, cortinajes, lienzos y objetos de cerámica, se ajustan á la arquitectónica traza de las estancias, de las amplias escaleras, los anchos ventanales y



Salón de la casa de Moreno Carbonero

FOTS. CAMPÚA

el artesanado de los techos.

Es como una maravillosa resurrección de otros siglos gallardos y altivos. Siglos en que los monarcas frecuentaban los estudios de los pintores y los más altos magnates posaban ante el artista, en una bella actitud que había de permanecer en los Museos.

Y hasta en esa semejanza de altos homenajes recuerda la vida de Moreno Carbonero la vida de otros grandes pintores de los siglos lejanos. Más de una vez ha recibido la visita de los Reyes de España, más de una vez los augustos Infantes han ido á contemplar los cuadros del maestro y no es raro hallar ante su puerta blasonados carruajes y automóviles que aguardan á damas y caballeros de la más rancia nobleza española.

Cuentos Españoles



Libertad

GATEANDO por el tronco del árbol, subió Manolo hasta las ramas. Una vez en ellas, no sin riesgo de desnucarse, ganó la más alta de todas. Allí, oculto por un cortinón de fragantes y húmedas hojas, estaba el nido que fabricaron dos jilgueros, acolchándolo con sus plumas, para más lujo de las crías.

Aquel nido fué durante semanas, ansia y desvelo de Manolo. Lo descubrió cuando sólo era canastillo de calientes y barnizados huevos. Había que esperar.

Manolo esperó, vigilando con astuta cachaza el romper de los cascarones, el salir, por la rotura, de los pollos, el brote de alas del plumón; el fortalecimiento de patitas y de ellos. Ni un día dejó de encaramarse al árbol, para contemplar el cestillo donde palpitaban las crías, bien ajenas de que eran presa declarada para aquel conquistador de ojos azules y cabellos rubios, que el aire peinaba en caracoles.

Más ajenos aun de la acechanza vivían los jilgueros padres. Manolo sólo en ausencia de ellos visitaba el nidal. A los amaneceres, cuando iba la pareja en busca de arroyos mitigadores de su sed, ó al caer del sol, cuando revoloteaba por el lejano peñasal para despedirse del astro, ascendía el rapaz á las ramas y, separando el cortinón de hojas, clavaba sus ojos ladrones en los pollos. Después echaba tronco abajo, contando mentalmente los días que faltaban para el del enjaule de su presa.

Este día llegó. Fué aquél en que Manolo tre-

paba jugueteando por el tronco del árbol, y se encaramaba á la rama última y extendía sus manos hacia el nido donde los pájaros saltaban.

Subió sin precaución alguna, sin ocultarse de los padres que revoloteaban por encima de su cabeza, amenazándole con sus engarfiadas garrillas. ¿A qué las precauciones? Los padres no le podían estorbar, eran débiles para defender á sus hijos. Dentro de poco estarían éstos en poder de Manolo.

Por eso y para eso llevó al pie del árbol una jaula. En ella acomodaría á sus prisioneros, dejando á los padres el cuidado de alimentarlos hasta que los prisioneros pudieran valerse por sí propios. Entonces daría libertad á las hembras, dejando á los machos en permanente cautiverio, para que alegraran con sus trinos la casa.

Tras el niño fueron los padres de los presos. A veces se tropezaban en el aire; otras se dejaban caer juntos, llegando hasta el ras de la jaula, rozándola con sus temblorosas patitas. Luego se alzaban al espacio, describiendo círculos sobre la cabeza del ladrón.

Apenas puesta por Manolo la jaula en el alfeizar del campesino ventanal, los dos jilgueros, sin aguardar que se retirara el muchacho, sin temor al daño que éste pudiera hacerles, se aferraron á los barrotes, metiendo por entre ellos sus picos, buscando las bocas de las crías: dijérase que las besaban.

Al fin se alejaron, posando sobre una acacia

próxima, ennegrecida por la sombra crepuscular.

Aquella tarde no fueron á despedir al sol.

II

Era el día franja imperceptible en Oriente y ya cantaban sobre la acacia los padres de los pájaros prisioneros. No cesaban su canto hasta que la jaula aparecía en el alfeizar. Llegábanse á ella los jilgueros y procuraban forzar los mimbres con sus garras y con sus picos; después, viendo lo inútil de su afán, abrían las alas y se alejaban rápidos, silenciosos, sin que un gorjeo alegrara su viaje.

A poco volvían, trayendo alimento y agua á sus hijos. Estos avanzaban hasta el límite de su prisión con las bocas amarillosas de par en par, abiertas. Metían sus padres el pico en el hueco de los barrotes é iban depositando en aquellas bocas glotonas, simientes y granos machacados, gotas de agua que aún conservaban la frescura del manantial.

No venían juntos. Venían separados, cruzándose en la atmósfera, alejándose el uno de la jaula antes de que llegara el otro, juntándose en el aire, deteniéndose sobre él un segundo y siguiendo después su marcha, el uno hacia los hijos, el otro hacia las siembras, donde el grano brilla como oro entre los surcos; hacia las fuentes, donde el agua cae gota á gota, como una lluvia de brillantes.

Era de notar que los padres nunca daban á un mismo hijo el alimento dos veces seguidas; lo distribuían por turno, sin error nunca en el reparto. Diríase que al tropezarse en el espacio, al detenerse en el aire un segundo, preguntaba el que llegaba al que volvía: «¿A quién distes ahora?»—«A fulano.»—«Entonces le toca á mengano.» Y por la boca de mengano entraba el grano color de oro, ó la gota de agua diamantina.

Gran regocijo era para Manolo contemplar aquellas idas y venidas. Muchas veces, acodado en el ventanal, punto menos que tocando con sus dedos la jaula, seguía el trajín afanoso de sus cautivos y el trabajo de sus mantenedores. Es-

tención, pero en ocasiones retrasaban sus viajes; otras, permanecían inmóviles en frente de la jaula, clavando en ella sus pupilas tenaces; después se acercaban uno á otro, doblaban los cuellos hasta unir las cabezas, y abrían y cerraban sus picos, como si hablaran por lo bajo, de oído á oído, consultándose...

Al ver á Manolo hacían ademán de lanzarse contra él.

Después huían para reunirse en el árbol á la casa frontero. Allí permanecían quietos, mudos, sin endulzar con sus gorjeos la tristeza de los esclavos.

Hubo un día en que apenas se aproximaron á la jaula.

IV

Fué al medio día, mientras almorzaba con sus padres Manolo.

Los jilgueros llegaron á la jaula, cuyos mimbres rechinaban acariciados por el viento. Breves instantes permanecieron contemplándola. Después se aferraron á los barrotes, sacudiendo las alas, piando con furia. Sus garras tiraban de los mimbres, sus picos los mordían... ¡Inútil! ¡Inútil como siempre!.. ¡Eran pocas sus fuerzas para libertar á los cautivos!..

Entonces llamaron suavemente á sus crías. Estas avanzaron abiertas las bocas, relampagueante de amor el azabache de los ojos.



tos parecían no reparar en él. Alimentaban á sus hijos, alegraban su cautividad con gorjeos; ó, aferrándose á los barrotes, batían contra ellos sus alas y mordían con sus picos el mimbres. A veces ponían en Manolo sus ojos negros rencorosos, ardientes... El muchacho reía y los pájaros se alejaban con temblores de odio en la pluma.

III

Ya los cautivos recorrían la jaula con planta firme y presurosa; sus alas se abrían en traza de volar: ¡Triste vuelo que sólo llegaba hasta la techumbre de mimbres, desde la cual se dejaban caer los pajarillos, estirando el cuello hacia los azules del espacio, donde cabeceaba el sol.

Los padres seguían proveyendo á su manu-

—¡Aunque no vuelvan más!—monologó Manolo.—Los pajarillos pueden mantenerse á sí propios. Mañana haré la separación de los machos. ¿Por qué mañana? Hoy mismo.

Dicho y hecho.

Metiendo la jaula en su cuarto y levantando el cierre, sacó las hembras, que eran dos. Abrió la ventana y las dejó encima del alfeizar.

Pronto se lanzaron á la atmósfera, piloteadas por su padre, que al detenerse con ellas, encima de la acacia, prorrumpieron en un himno triunfal.

Paró el canto en seco, al colgar Manolo del alfeizar la jaula donde aleteaban los machos. Sus padres, al verlos, saltaron de las ramas, giraron y regiraron en torno de los mimbres, y gritando, mejor que piando, hicieron rumbo con sus hijas á un árbol más distante.

Súbito retrocedieron, tambaleándose; rodando fueron hasta el rincón último de la jaula; allí quedaron encogidas, apelotonadas, hechas un temblante montón de plumas.

Cuando Manolo fué en busca de la jaula, halló agonizando á los presos. No tenían ojos; no tenían tampoco lengua. Sus padres habían arrancado los unos á golpe de garra y cortado á tajo de pico las otras.

Cortaron las lenguas para que el esclavo no cantara al señor. Cegaron los ojos para que el esclavo no viese con ellos horizontes que nunca podrían sus alas recorrer.

Joaquín DICENTA

DIBUJOS DE MONTERO

DE LA ALEGRE BOHEMIA



EDUARDO ZAMACOIS

Las botas de campo

Todos los artistas jóvenes, hermanos míos en la amarga y estrechísima orden de la Pobreza, han sentido alguna vez la noble atracción de los objetos costosos é inútiles. El arte es para sus cultivadores, lo que la religión para los eremitas: algo inmenso, penetrante, refulgente, que ciega y enagena las almas, y las aísla. En medio de la muchedumbre, el verdadero artista se halla tan solo, como el morabito en la cumbre de su montaña: duerme en yacija ruin, y no lo advierte; come ascéticamente, y su sobriedad le aprovecha de salud y alegría; pues cuando el espíritu se halla bien sentado á la mesa del Ideal, la carne no recuerda la fatiga, ni el hambre, ni siquiera el dolor de ir mal vestida.

Sin embargo, por imperativo de esos contrastes sincrónicos de tiniebla y de luz, de orgullo y de humildad, de jerarca desdén hacia todo y de cristiano amor hacia todo, que llenan la paradógica psicología de los artistas, éstos suelen, á intervalos, acordarse de que son hombres. Entonces maldicen de su pobreza; entonces comprenden que viven miserablemente, que comen poco y que los amores elegantes, que se perfuman y se envuelven en sedas y pasean en automóvil, no serán para ellos.

Esta desesperación les inspirará caprichos momentáneos y pintorescos: quien, que no paga su casa, comprará como Bécquer una alfombra magnífica; ese, que no tiene camisa, empleará sesenta pesetas en un chaleco de terciopelo; aquel,

que lleva los calzones rotos, dilapidará un puñado de duros en adquirir un bronce, un *setter*, una escopeta ó un traje de frac. ¡Nada de transiciones! Sobre el guante impecable de gamuza amarilla, el puño deshilachado; sobre el calcetín roto, la bota de charol.

A esa rebeldía interior que sólo á espaciadas fechas se produce, á esa acre disonancia entre el mucho ambicionar y el exiguo tener, á ese codicioso prurito, semejante á una sed, de desquitarnos en un día de todos los insatisfechos deseos de un año, atribuyo el ardentísimo capricho que, en la época más moza de mi vida, tuve de ponerme unas botas de campo. Precisamente entonces andaban mis pies más faltos de buen calzado que nunca lo estuvieron, y así, unos zapatos de charol ó unas botas burguesas y cómodas de becerro, me hubiesen prestado mejor servicio. Pero no era «de calle», sino «de campo», el calzado que yo día y noche llevaba presente y como retratado ó claveteado, entre las cejas.

Al levantarme, por las mañanas, mientras me ponía las viejas botas que todas las noches, para desarrugarlas, dejaba rellenas de papel, debajo de una silla, pensaba:

—¡Si yo pudiese comprar unas botas de campo!...

Lo gracioso es que mi vida era de café y de teatro, que no sentía aficiones cinegéticas ni alpinistas de ninguna clase, y mis excursiones por los alrededores de Madrid, raras veces pasaban

de la Puerta de Hierro ó de las Ventas del Espíritu Santo. ¿De dónde, pues, nació el deseo de un calzado que, dada la urbanidad de mis costumbres, había de ser «de lujo» para mí?...

Con esta ambición acudí á un amigo:

—¡Bien podías conseguir de tu zapatero que me vendiese á plazos unas botas de campo!...

Mi amigo, que también escribía—¡ya ha muerto, el pobre!—comprendió mi anhelo, un anhelo tan punzante que casi constituía un dolor, y acudió á remediarlo.

—Hoy mismo—repuso—te pones las botas.

Por la tarde fuimos á casa de su zapatero. No hubo lucha: aquel admirable industrial accedió inmediatamente á nuestra pretensión. Yo estaba emocionado, cohibido; mi alegría era la del muchacho que franquea la puerta de un bazar de juguetes.

—Usted me dirá su gusto—añadió el zapatero.

Yo quería unas botas de cuero de vaca, de punta cuadrada, con caña de elásticos y una correa ancha sujeta atrás, sobre el tobillo.

Amablemente el zapatero me probó varios pares. ¡Qué desgracia! Unos me estaban grandes, otros pequeños... Yo me desesperaba. ¿Era posible que una ilusión tan modesta, una ilusión tan á ras de tierra, como la ilusión de calzarse unas botas, costase tanto trabajo?...

—Preferible será—exclamó el zapatero—hacerse las á su medida. Le pondremos material del mejor.

Mi amigo apoyó:

—Dice bien el «maestro»; háztelas á medida. ¿Qué prisa hay?...

A regañadientes me resigné. Verdaderamente, mi compañero tenía razón. ¿Qué motivo ó asunto me obligaban á andar aquella tarde por Madrid con unas botas de campo?... Puesto de hinojos el «maestro» me midió el pie haciendo con los dedos pequeñas incisiones en una firita de papel.

—Servidor de usted.

—Muchas gracias. Y... ¿cuándo estarán las botas?

—La semana próxima. Déjeme usted las señas de su domicilio para llevárselas.

Transcurrieron ocho días. Una mañana, hallándome acostado aún, mi familia vino á darme en voz baja esta noticia terrible:

—Oye: ahí está el zapatero con las botas.

—¿Y, no hay dinero?

—Ni dos reales.

Las botas valían cinco duros y eran, como queda dicho, á medida, y nadie sabe la autoridad que adquiere ante su cliente el zapatero que trae unas botas hechas á medida. Vacilé; me froté los ojos. Yo, historiador, no puedo precisar si las diversas emociones que en tal instante surcaron mi espíritu fueron de contrariedad ó de regocijo. En el transcurso de aquella semana, sin yo advertirlo, mi deseo de poseer unas botas de campo se había apaciguado notablemente. Dentro de mí, una voz cauta, justiciera, prudente; la voz del sentido común, preguntaba: «¿Y para qué diablos necesitas tú esas botas?...»

Tenía razón la voz. Sin embargo, yo no podía deshacer lo hecho. Y, al mismo tiempo, ¿cómo salvar la «belleza del gesto»? Es decir: ¿Cómo rechazar las botas?... O, ¿cómo quedarme con ellas sin dar, á cuenta de su importe, siquiera un duro?...

De pronto vi el medio; un ardid sencillo y gracioso que, amén de ponerme en excelente lugar, dejaría al cándido zapatero un poco en ridículo: y fué, endosarme dos calcetines, uno encima de otro, en cada pie. ¡Naturalmente, las botas no me entraban!...

Para más sabroso pique y aderezo de la burla, aparenté incomodarme:

—¡Esto faltaba! ¡Que las botas me estuviesen pequeñas! ¡Precisamente las quería estrenar esta tarde!...

Hubo una pausa llena para mi interlocutor de acusaciones. El trató de argüir algo:

—¿No se le hinchán á usted los pies?

—No, señor.

—No tendría nada de particular: por las mañanas lo están casi siempre.

—Pues, no, señor. A mí no me sucede eso nunca; ni por las mañanas, ni por las tardes. Yo no padezco del corazón, ni de los riñones, ni de reuma. Está usted cierto de que no se me hinchán los pies jamás.

El «maestro», perplejo, miraba las botas, miraba al techo, se retorció el bigote, se mordía los labios; me daba lástima: el pobre tenía la actitud vergonzosa de un hombre que se ha equivocado, de un hombre que no ha sabido tomar sus medidas. A ratos volvía á arrodillarse para palparme las botas, que evidentemente me estaban muy apretadas y miserables.

—Le aseguro á usted—exclamó—que nunca me ha sucedido otro caso igual.

Y á continuación, respetuosamente, con la dulzura suplicante de quien reconoce su error y quiere ser indultado:

—¿Usted me permite tomarle medida otra vez?...

Tuve un ademán indulgente y misericordioso; un gesto de perdón; y alargué mi pie derecho con la mansedumbre magnífica de un sabio, de un obispo ó de un rey. El zapatero, rectificó sus medidas; yo juraría que, para no equivocarse, las tomó crecidas; y se marchó...

A la semana siguiente, una tarde, estando yo escribiendo, la campanilla de la escalera vibró furiosamente. Por mis nervios resbaló un temblor. Dime, lector ó lectora: ¿No es cierto que en los hogares pobres, en el silencio de esos hogares mal amueblados, mal alumbrados, á cuya puerta la desgracia llamó muchas veces, el repicar del timbre ó de la campanilla de la calle envuelve siempre una amenaza?

Transcurridos unos instantes, mi criada apareció con un par de botas entre los brazos; las llevaba como hubiese podido llevar un niño.

—¿Y el zapatero?—pregunté con ansiedad.

—Se ha ido, señorito.

¡El pobre hombre, avergonzado aún de su anterior derrota, no había querido verme! Tanto

mejor. Cogí las botas: eran largas, anchas, monstruosas; ¡las botas de un gigante!... Pero ya no era posible devolverlas; además, no tenía otras. Me las puse, pues, y aquella noche, en Eslava, en un *lunch* de «inauguración de temporada», tuve el heroísmo de bailar con Julita Fons. En el ardor de la danza, mis pies iban por un lado, mis botas por otro; los circunstantes me miraban burlones y asombrados; milagrosamente no me rompí una pierna.

Como en la historia de las naciones, en la de los individuos existen hechos culminantes que luego sirven para bautizar y clasificar periodos enteros.

Mis familiares, por ejemplo, señalan en mi vida varios capítulos ó momentos. Dicen: «Cuando estabas en París»... «Cuando fundaste *El Cuento Semanal*»... «Cuando te fuiste á América»... Y también: «Cuando te ponías las botas de campo»...

Porque es inverosímil lo que aquellas incomparables botas duraron, y el sinnúmero de menudos incidentes á que va ligado su recuerdo. Más de seis ó siete años me acompañaron: ellas caminaron sobre todas las calles de Perpignan, de Certe y de Montpellier; curiosearon todos los rincones de París, fueron en un bote de vela desde Palma de Mallorca á Barcelona, recorrieron media España, estuvieron en Londres, bajaron muchas veces al espanto negro de las minas, realizaron jornadas terribles sobre la nieve... ¡Y siempre intactas! Ni se quebraba la piel, ni los elásticos perdían su tonicidad, ni se agujereaban las suelas, ni concluían de desgovernarse los tacones. ¡Botas memorables! No recuerdo haber tenido, ni tampoco haber visto en ajenos pies, otras iguales. Las del *Judío Errante* debieron de ser así.

Por añadidura, y para mejor decir la utilidad de calzado tan ejemplar, confesaré sin rebozo

LA AGONÍA DEL PRISIONERO

Florece Primavera.

El alma, entumecida

de tristeza invernal, acaso espera

en un nuevo aletear de nueva vida

un venturoso Ensueño de Quimera.

¿Y el corazón también?... ¡El malherido

por las mortales flechas de Cupido!

Una voz misteriosa se lo augura:

Ama con fe—le dice—

que es el amor locura

que mata de dolor y el dolor cura.

¿Sin que se cicatrice

la herida manantial de su amargura?...

Doña Ilusión, Señora

que cautivas de amor los corazones

con tu luz traicionera y cegadora:

¡Haz que mueran y no los abandones!

Gozaba un pajarillo

de paz y libertad. Aventurero

penetró en los jardines de un Castillo

y quedó del Castillo prisionero.

Que una dama hechicera

era su carcelera;

y con frases de amor—trinos divinos

que envidiaran cantores ruiseñores—

le movió á que cantase en dulces trinos

un poema de amores;

y le dió, cariciosa, cuna y lecho

en los arrulladores

y calientes mullidos de su pecho...

Hasta que un triste día,

en la jaula encerrado

y por su carcelera desdeñado,

comenzó la agonía

de dolor á que vive condenado.

Fué un Otoño lejano y ya muy triste.

¡Para él, desde entonces, es invierno!

Corazón, pajarillo: ¿Y tú, creíste

en las venturas del amor eterno?...

Primavera florida,

rebrotar milagroso de la vida:

¡Haz, en tu gestación,

reverdecer mi mustio corazón!...

FÉLIX CUQUERELLA

que en los días negros—fueron muchos—de aquella época, á falta de otros objetos de mayor mérito, lo que primero iba á las aborrecibles casas de Compra-Venta, eran las fuertes, las irrompibles, las siempre tenaces y fidelísimas, botas de campo. Al principio, llegaron á estar empeñadas en ocho pesetas; luego lo estuvieron en siete; después en seis; y sucesivamente en cinco, en cuatro, en tres... Pero ellas, las muy heroicas, siempre resistían; á pesar del uso, siempre valían algo, siempre arrancaban de las manos usureras del prestamista el honor de una papeleta. Fueron, en verdad, unas botas prodigiosas, unas botas de leyenda, dignas de figurar en las vitrinas de algún futuro Museo de la Bohemia, entre la pipa de Paul Verlaine, la capa de Emilio Carretero y el gabán que llevaba ó «arrastraba» Eugenio Sellés la noche del estreno de *El nudo gordiano*.

Entre tanto, ni el zapatero conseguía cobrármelas, ni á mí, pecador empedernido, se me movía el corazón á dar á cuenta de tan insignificante deuda, ni un sólo real. ¿Por qué?... He aquí otro fenómeno que tampoco tiene explicación llana. Evidentemente, en el transcurso de aquellos seis ó siete años tuve cinco duros muchas veces. ¿Por qué entonces yo, que hallo una satisfacción burguesa en saldar mis pequeños compromisos económicos, no pagué aquellas botas? No lo sé; y quizás por eso mismo, por no haber sido nunca completamente mías, las quise tanto; y ahora, recordándolas desde el otro lado de mi juventud, siento temblar en mi pluma una emoción.

Ello es que un día de malhumor, exclamé:

«¡No pago, no pagaré jamás, las botas de campo!...»

Y me resolví á cumplir mi promesa. Por su parte, el zapatero no cejaba en su justo empeño de cobrármelas. ¡Qué hombre tan constante! Tampoco sus decisiones, como el material de su calzado, se rompían nunca. Yo me marchaba de España, andaba por el extranjero un año, dos, tres... y al volver á Madrid la factura de las botas de campo salía á recibirme. ¿Otra vez?... Estaba escribiendo, ó almorzando, ó disponiéndome á meterme en la cama, cuando sonaba un campañazo. ¿Quién será? Pausa. Mi sirviente aparecía con un papel en la mano y una sonrisita en los labios: esa sonrisa de los criados cuando saben que su amo no puede pagar una cuenta...

Transcurría el tiempo, y ni las botas se rompían, ni el zapatero renunciaba á su importe, ni yo, que veía en su derecho una testarudez, me avenía á pagarlas. Las viejas facturas, arrugadas, estropeadas, rotas en fuerza de tanto ir y venir, eran sustituidas por otras nuevas. Los cobradores que yo conocí mozos, crecieron, se casaron y se rodearon de hijos; pueden decir que se hicieron hombres llamando á mi puerta. ¡No importa! Deber aquella cuenta era ya para mí un problema de amor propio, una cuestión de vanidad.

Persecución tan obstinada hizo mella en mi ánimo, sin embargo, y dejé de ponerme las botas. Es más: llegué á odiarlas. Mejor dicho: las odiaba sin dejar de quererlas, como si fuesen una novia. Tú, lector, si alguna vez, por tu desgracia, estuviste enamorado de una mujer ingrata y bonita, sabes lo que es eso...

Hasta que un día un amigo infeliz llamado Miguel Salmerón, pariente del gran tribuno y filósofo D. Nicolás, fué á contarme los horrores de su cesantía y á pedirme algún traje que no me sirviese. Yo, acordándome quizás de la gramática de Ollendorff, repuse:

—Traje, no tengo ninguno; pero sí puedo darle á usted unas botas de campo que tienen el don brujo de estar siempre nuevas.

Y Miguel Salmerón se llevó las botas. Aquella tarde, palabra de caballero, á pesar de mi buena acción, estuve un poco triste; en mi casa faltaba algo: eran las botas.

Otro día me encontré en la calle con mi pobre amigo; instintivamente le miré á los pies y vi que no llevaba mis botas.

«¡Las habrá empeñado!»—pensé.

Pasó tiempo, mucho tiempo... y el Azar, el mejor novelista, dió á esta historia un desenlace imprevisto, tierno, de una poesía dulcemente irónica. Por el desenlace la he escrito.

Falleció Miguel Salmerón de miseria, de tristeza tal vez, en una casuca de la Carretera de Extremadura; y para enterrarle, para decoro de sus pies que, sin moverse, andarán siempre, le pusieron mis botas.

¡Botas admirables! El camino de la Eternidad, el camino sin término, era el único digno de vosotros.

EDUARDO ZAMACOIS

LA ESFERA

ACTRICES EXTRANJERAS



MME. CORA LAPARCERIE

La ilustre actriz francesa, en la comedia "Afrodita", que se está representando en París con gran éxito
"Afrodita" está basada en la célebre novela de Pierre Louy, del mismo título

FOT. HUGELMANN



FOT. PRUDENCIO MUÑOZ

Cuando los niños lloran...

BEBÉ llora desesperado, rabiosamente, desgarradamente...

El lector frívolo pensará que afortunadamente para sus delicados oídos, Bebé llora en estampa...

Lo mismo se les ocurrirá á esos hombres convencidos de que cumplen perfectamente sus deberes de paternidad, con sólo llevar á sus casas lo necesario y aun lo superfluo para el sustento moral y material de sus hijos... Esos que gritan al oír el llanto de su criatura: «¡Que se lleven ese chico, ó le echo por el balcón!», esas madres que, sin causa justa, confían á mujeres extrañas la nutrición de sus retoños, y esos padres que delegan absolutamente, y con todo descuido en gente mercenaria la educación y la instrucción de sus crías, y perdonen los animales que yo llame á los hijos del Hombre del mismo modo que á los suyos; ya sé que es una injusticia; los pájaros ceban con su pico á sus polluelos y les enseñan á volar...

Bebé, como véis, sigue llorando...

Yo no sé por qué llora... Pero me consta que llora con razón...

Cuando los niños lloran siempre tienen razón...

Quienes carecen de ella para quejarse del incomodo y de la molestia que los lloros infantiles ocasionen, son los padres.

¿Llora Bebé porque sí, porque es caprichudo y rabioso? Pues, no os quepa duda; la culpa es de los padres que no han sabido educarle.

¿Llora porque está enfermito? No me atreveré á decir quién sea el culpable. Pero quién sabe si en el origen de la enfermedad no habrá tenido poca parte de culpa un descuido de sus progenitores, que le relegaron en manos de nodrizas y niñeras al último rincón de la casa, en vez de tenerle delante de sí, como un espejo en el que deben mirarse á todas horas, no para deleitarse como Narcisos, viendo su reproducción, sino para mejorarse y hacer que el hijo sea mejor que ellos, que después de todo un hijo no es solamente, como ha dicho nuestro gran Galdós, una enfermedad de nueve meses y una convalecencia de toda la vida. Debe ser también una rectificación de la vida de sus generadores, para que Bebé, cuando se haga hombre, sea más bueno

que ellos, más dichoso que ellos; que bondad y felicidad no suelen ir muy distantes.

Por no haber pensado así quienes les dieron el sér, por haber mirado á los niños como muñecos de carne, muy monos y muy graciosos, cuántas lágrimas lloraron muchos hombres...

Sin embargo, como hijos disculpémosles; que una gran atenuación hay en que fué por amor mal entendido, y de buena fe... creyendo que era buen amor...

Y como padres, aliviemos nuestro temor á no saber serlo; declinemos nuestra responsabilidad enorme, pensando en las dificultades casi insuperables que entraña el ser buenos padres. ¡Buen padre! ¡Qué pocos, de conciencia rígida y de conciencia clara, podrán enorgullecerse de haberlo sido!...

Cuando empecé á escribir no pensaba haberme puesto tan serio.

Si me he puesto, es porque para mí no hay nada tan respetable como Su Majestad el Bebé...

E. GONZALEZ FIOL



La princesa Pilar de Baviera, hija de la infanta Doña Paz, haciendo una fotografía de las aristocráticas señoritas que en la fiesta celebrada en el hotel Ritz, de Madrid, á beneficio del Bazar del Obrero, que dirige la condesa de San Rafael, vendieron flores y objetos. Las fotografías obtenidas por la princesa se pondrán á la venta, y el producto se destinará al "Pedagogium", de Munich, Institución benéfica similar al Bazar del Obrero de Madrid

FOT. SALAZAR

EL SIMBOLISMO EN EL ARTE



LA ATRACCIÓN DEL ABISMO

DIBUJO AL HELIOGRABADO POR SÁNCHEZ GERONA

BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS

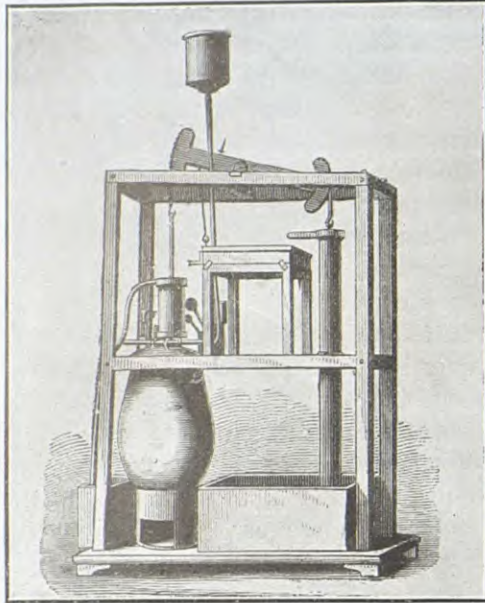


SRTA. CRISTINA TRAVESEDO Y BERNALDO DE QUIROS
Hija de los marqueses de Santa Cristina

En la actual generación de bellezas juveniles que alegran los salones, debe adjudicarse lugar de preferencia á esta encantadora niña Cristina Travesedo y Bernaldo de Quiros, hija de los marqueses de Santa Cristina. Por la línea materna desciende la señorita de Travesedo de la famosa Reina Gobernadora, en su matrimonio con don Agustín Fernando Muñoz, duque de Riánsares. Es nieta de doña Cristina Muñoz y Borbón, marquesa de la Isabela y Camposagrado, y biznieta, por tanto, de la Reina Cristina, de la que parece haber heredado la hermosura. Con Cristina Travesedo han hecho ya su presentación en Sociedad, algunas de sus hermanas, tan lindas como ella; otras esperan aún su turno para sostener la noble competencia.

LA MÁQUINA DE VAPOR

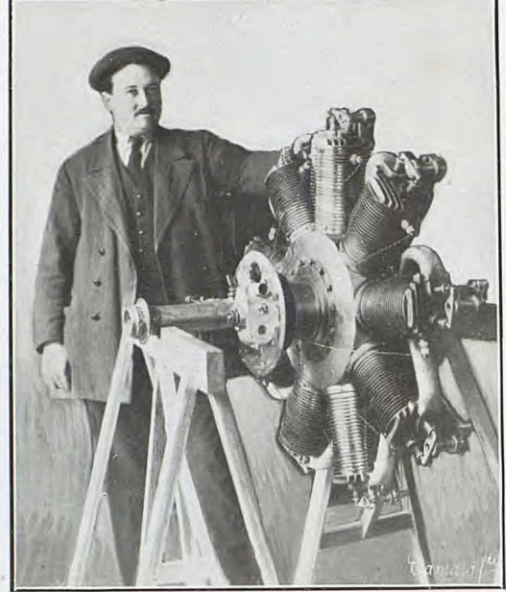
LOS SUEÑOS DE JAIME WATT



Aparato de Newcomen, de cuyo arreglo fué encargado Watt y que señala el punto de partida de sus descubrimientos



JAIME WATT



Motor á esencia, de 80 caballos, que constituye la última palabra de la Mecánica en la generación de fuerza con pequeño volumen

CORRÍA el año 1744 cuando la esposa del primer magistrado de Greenock, la bella población escocesa que apenas era en aquel tiempo una mísera aldea de pescadores, regresaba á su casa después de un corto viaje de que hubo precisión para recoger una pequeña herencia en su país natal. La buena señora, no queriendo dejar á su hijo en manos mercenarias, había recurrido á una amiga de cierta intimidad, confiándole su pequeño Jaime durante aquellos días de ausencia.

Era éste uno de esos niños pálidos, enfermizos, de una rebeldía pasiva para el estudio impuesto por los padres, con todos los caracteres, de una fecunda vida interior. Desarmaba en silencio sus juguetes, dibujaba círculos y paralelógramos complicados, observaba una vez y otra las gotas de vapor condensadas en la tapa de la vieja tetera, la impresión de una mancha de tinta en otro papel caído encima de ella... Para todos estos signos de la materia muda, tenía Jaime un gesto sombrío de investigador y en ocasiones una vaga sonrisa de iniciado. Tosía mucho, guardaba cama muchos días y en sus largos ratos de quietud sobre el plumón mullido por la madre, su débil imaginación volaba.

Aquel día, al regresar de su viaje la excelente dama y preguntar á su amiga noticias del niño, ésta respondió:

—Muy bueno, sí, demasiado formal; en todo el día no se le siente, pero al llegar el momento de acostarle, halla siempre la manera de entretenernos con algún cuento que trae detrás otro y otro después... Yo no puedo decirlos si él los inventa, pero esas narraciones tienen tal encanto que nos hacen olvidar el paso de las horas.

De este modo, como la de un poeta, poeta de las fuerzas y del movimiento, se abrió á la juventud el alma de Watt.

ooo

La dura realidad de una época difícil vino á encauzar más tarde los pasos errabundos del muchacho haciéndole pensar en ser útil á sí mismo. Primero en el taller de un humilde mecánico de Londres, y luego en el que le arbitrara para el arreglo de sus aparatos la Universidad de Glasgow, Jaime Watt penetró los secretos de las fuerzas que animan el mundo material y se familiarizó con el empirismo que presidía entonces toda su aplicación. Pero, sin embargo, la intensidad investigadora de Watt, no podía aceptar plenamente la rutina absoluta de su tiempo, que no pedía á las cosas explicación ninguna de su constitución y de su dinámica, limitándose á tomar aquellas fuerzas que la materia buenamente quería ofrecer. Así le vemos absorbo un día y otro ante la vieja máquina de vapor que en la Universidad producía el asombro de los estu-

diantes escoceses con sus torpes movimientos de una lentitud desesperante, interrumpidos cada momento por misteriosos paros; era un modelo de aquella máquina que el cerrajero Newcomen y el cristalero Cowley habían producido como una maravilla de las artes mecánicas allá por los últimos años del siglo anterior.

Un día el pequeño aparato que apenas servía durante sus momentos de docilidad para insignificantes demostraciones recreativas, se paró definitivamente; su pesado émbolo no volvió á subir en el largo cilindro abierto á la luz, y la sencilla bomba unida á sus palancas dejó de elevar agua para siempre. Entonces fué cuando la Universidad encargó á Jaime Watt de su recompostura y de entonces también datan los trabajos fecundos, las inacabables meditaciones, los ingratos ensayos de su nuevo método.

La tarea era inmensa, más que suficiente para absorber á Watt todos los momentos de su existencia; no sólo en el sombrío laboratorio de la antigua casa universitaria, donde tomaban más aspecto de brujería sus artes milagrosas de mecánico, sino también durante el breve reposo que le brindaban los brazos amantes de su esposa, verdadera amiga de triunfos y desvelos, y en los solitarios paseos vespertinos por la orilla del Clyde que rodeaba la clásica ciudad como el collar de plata de una bella escocesa.

Porque Watt no fué nunca de esos hombres de ciencia hurraños, materiales, aferrados á sus teoremas como parásitos de la verdad, incapaces de alentar un ensueño ni de sentir una emoción; el niño de Greenock seguía concibiendo siempre ideas poéticas y amaba sus fantasías con el mismo entusiasmo que el prestigio dorado del sol y la frescura suave del aire sobre el río.

De uno de estos paseos, según refiere él mismo en sus cartas al doctor Black, regresó un día acompañado por la primera idea feliz, que debía al cabo transformar los viejos aparatos en sus máquinas poderosas, convirtiendo en una realidad la generación de la gran fuerza. Watt tenía derecho á creer que soñaba una vez más, y en el insomnio de aquella noche memorable obsesionado con la primera presunción del triunfo, decidió que su vida entera, la obra de su vida estaba vinculada en aquel sueño.

En aquella ruda lucha valerosamente emprendida contra todo y con todos, Watt sintió muchas veces el desfallecimiento, la sensación anonadante de su pequeñez, la amargura infinita de quien pelea solo y enfermo, sin otra arma que una certidumbre en la que nadie cree y de la que él mismo llegaba en ocasiones á dudar. Des-

aliento que se halla cristalizado en esta frase dirigida también á su amigo el gran químico: «De todas las locuras que podemos hacer en esta vida, la más insensata es perseguir un invento.»

Escribía esto en 1765; diez años más tarde, durante los cuales no conoció reposo, anunciaba oficialmente los felices resultados de su primera máquina, que, no obstante las naturales deficiencias, bastaba á atestiguar el paso de gigante que Jaime Watt acababa de imprimir á las máquinas de vapor y con ellas á la industria de todo el mundo.

ooo

Los pacíficos vecinos de Heatfield que recibían con tranquilo júbilo inglés noticias detalladas de la victoria definitiva lograda en Waterloo por las armas británicas y aliadas sobre los soldados del gran Bonaparte, saludaban afectuosamente á un agradable viejo que todas las tardes salía á disfrutar del sol por las afueras solitarias de la ciudad.

Aquel hombre, ingeniero ya retirado de los negocios á principios del siglo, poseía fortuna suficiente para disfrutar el resto de sus días la ociosidad que es clave de la dicha para todos los hombres; pero sin duda no participaba él de aquella opinión porque diariamente pasaba muchas horas encerrado en una gran habitación de su casa, entregado en cuerpo y espíritu á trabajos incomprensibles para aquellas buenas gentes, más atentas á sus obligaciones que á la tarea de descifrar misterios.

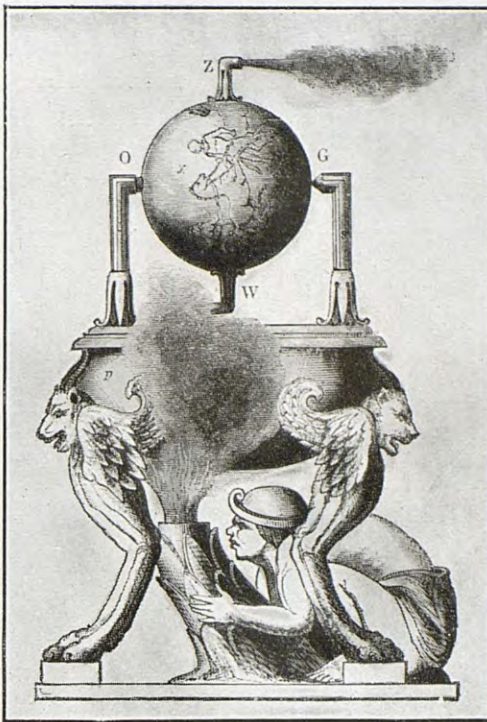
Contábanse de él cosas estupendas, triunfos ruidosos en las artes mecánicas, descubrimientos, ideas nuevas llevadas á la práctica con éxito asombroso. Los burgueses más ilustrados de Heatfield pronunciaban, unidas á su nombre, palabras extrañas para designar sus mejores inventos: el condensador, el regulador de fuerza centrífuga, el «paralelógramo», la prensa de copiar, las máquinas calculadoras, el volante, un modelo de coche movido por vapor... No faltaba algún vecino que había visto en Londres, al visitar la nueva fábrica de acuñar monedas, unas máquinas enormes que daban fuerza á todos los talleres y en cuyas cabeceras resaltaba el nombre del ilustre viejo.

Quien hubiera logrado penetrar en aquella vasta habitación de la casa, convertida en taller, habría encontrado multitud de objetos, venerables reliquias de antiguos trabajos ó luminosas esperanzas de pensamientos nuevos, distribuidos entre sus útiles de labor cotidiana. Pero principalmente, la nota dominante en todas y cada una de las habitaciones, era el cúmulo de libros que cubrían las mesas, se alineaban en las estanterías y hasta se apilaban por el suelo junto á los viejos muebles; libros de todas clases y de todas

tendencias, muestras fehacientes de la erudición alcanzada por el buen anciano. Un amigo suyo y gran admirador de sus talentos de ingeniero, el ya ilustre Walter Scott, hablaba de él por entonces en el prefacio de una de sus narraciones y atestiguaba con asombro que aquel soberano de los elementos, el hombre más dichosamente dotado para combinar fuerzas y calcular números, era al mismo tiempo un lector de novelas y versos tan entusiasta como una modistilla de quince años.

Por entonces el anciano se dedicaba en el misterio de su laboratorio al perfeccionamiento de una máquina de modelar en barro ideada por él. Nadie sospechaba la labor á que consagraba aquellos días el viejo maestro, y aun los más avisados pensaban en algún aparato construido con pesadas masas de hierro, sin más finalidad que girar y hacer fuerza, como aquellos otros que habían hecho célebre su nombre.

Por fin un día el buen sabio tornó á su casa acompañado de varios amigos, catedráticos y artistas de Birmingham, que venían de vez en vez á visitar en su retiro al más grande ingeniero de la época. En el taller, inundado de luz por la extensa ventana abierta como la de una chica al aire del jardín y al canto de los pájaros, el dueño de la casa les mostró complacido junto al modelo de un torso de mujer, hecho en mármol, una exacta reproducción en barro aún fresco. Detrás de ambas esculturas se desarrollaba un sencillo juego de palancas articuladas que era toda su máquina de modelar. Y la voz, ya quebrada, del gran hombre explicó entonces donosamente:



La primera máquina de vapor griega construida doscientos años antes de Jesucristo

—Señores, os presento la primera producción de un joven artista que apenas cuenta ahora ochenta y tres años.

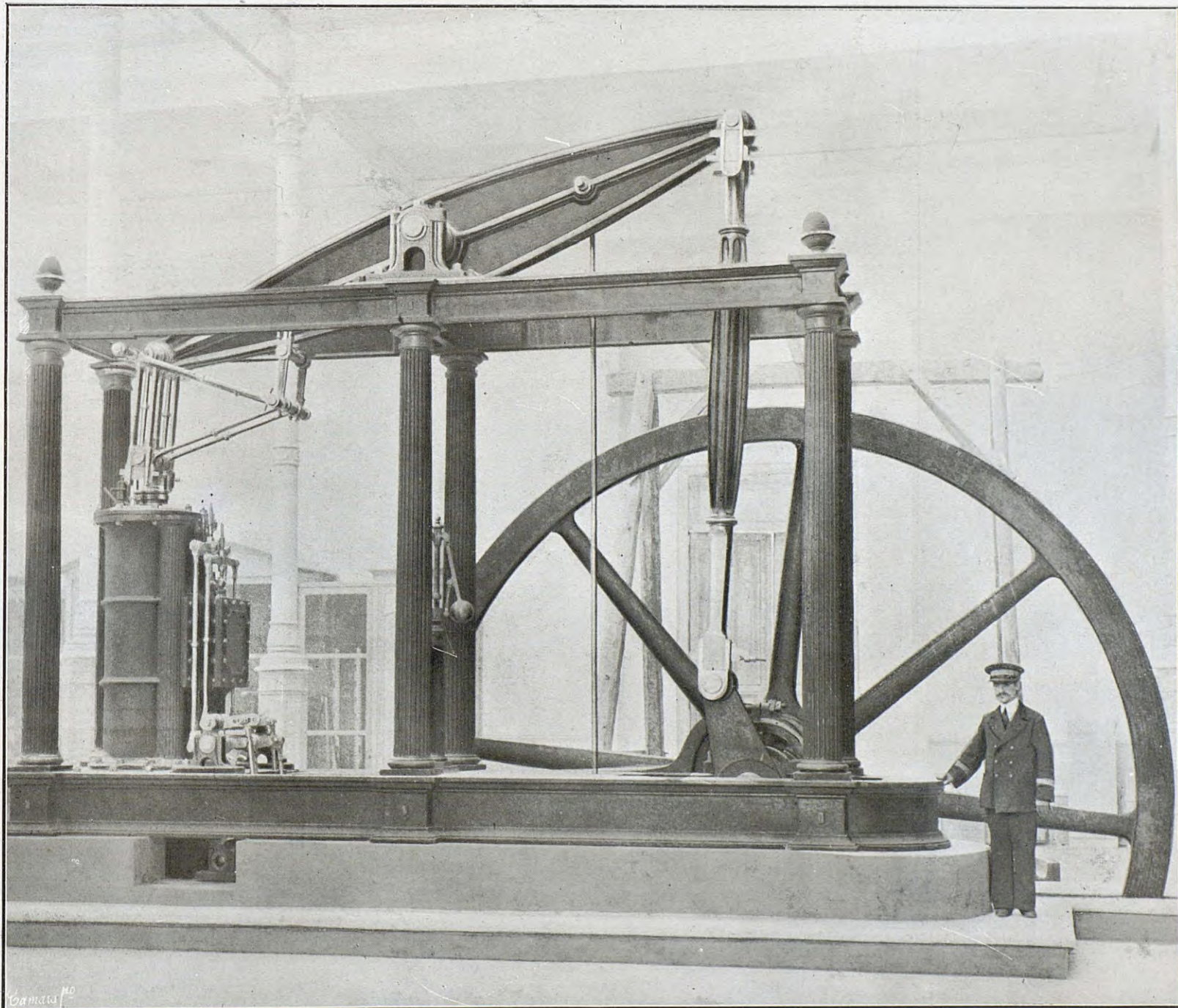
He aquí compendiada la historia de aquel niño que en Greenock interrogaba á las cosas en silencio, del hombre que más tarde recibió para su arreglo una máquina absurda é inútil y devolvió, en esencia y principios, la moderna máquina de vapor. Su ciudad natal, Glasgow, Birmingham y Londres han levantado monumentos que perpetúan el nombre y la efígie del gran mecánico. El

Rey de Inglaterra, sus ministros y los nobles del reino se honraron después suscribiendo el epitafio que guarda sus restos en la Abadía de Westminster, Walhalla de los héroes ingleses.

□□□

En este mismo mes, y merced á una noble iniciativa de nuestros ingenieros industriales, ha sido montada en la nave central de su escuela, de Madrid, como reliquia histórica, la primera máquina Watt de uso industrial que funcionó en España. Construida en 1832, mereció la visita de la reina doña Isabel II y su corte, al ser instalada en la Casa de la Moneda por los años en que más enconadas eran las luchas entre moderados y progresistas. La vieja máquina, con sus recias columnas, su enorme balancín y su glorioso «paralelógramo» es otro monumento elevado á la memoria de Jaime Watt; el más elocuente porque representa el triunfo de sus amargos días hecho hierro por obra de su talento y su firmeza.

RICARDO DONOSO CORTÉS



Máquina de vapor de 25 caballos, sistema Watt, primera de sus condiciones importada á España y que ha sido instalada como curiosidad histórica en la Escuela de Ingenieros Industriales

FOT. SALAZAR

MARRUECOS PINTORESCO



PUERTA DE CEUTA EN TETUAN

FOT. ALONSO

LA ESFERA

EL ARTE DE VESTIR EN LA MUJER



Un vestido de "soirée" y una salida de teatro, de última novedad; creaciones de la moda parisién

FOTS. HUGELMANN

LA ESFERA

LA LOCOMOCIÓN Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS



La Rosa de las Rosas



Litera de ruedas



Carroza de la época de Luis XV



La litera

FOTS. HARLINGUE

Una celebración altamente poética es la «Fiesta de la Primavera», que se verifica todos los años por ahora, en París. Ella suele revestir diversos aspectos, siempre bajo una inspiración de arte fino, de arte selecto, cual corresponde á la gran metrópoli mundial, y á ella aporta siempre la mujer parisién, esa deliciosa muñeca adorable, heredera directa de la mujer helénica, su gracia y su belleza espiritual. Patrocina la fiesta el Comité de festejos de la orilla izquierda del Sena, y este año, uniendo lo pintoresco á lo útil, procuraron los organismos directores que la comitiva tuviese carácter educativo. Así, el cortejo, brillantísimo, hizo revivir en una bien entendida serie de modelos y de reconstituciones afortunadas, las fases sucesivas de la *Locomoción á través de los tiempos*. Constitúan la comitiva doce grupos relativos á las épocas gala, romana, carlovingia, medioeval, de Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV, Revolución, Restauración; época del vapor, de la electricidad y de la aviación. De esta fiesta dan idea las adjuntas fotografías á cual más interesantes.

EL PRINCIPE DE ASTURIAS



El príncipe D. Alfonso, primogénito de los Reyes de España, al salir de la capilla de Palacio después de haber tomado la primera comunión, el día 10 del actual

FOT. CAMPÚA

DE NORTE A SUR

Contra la caricatura

Coincidiendo con las dos exposiciones de dibujantes y pintores humoristas, que actualmente se celebran en París — una en La Boétie y otra en el Palais de Glace — la primera Cámara del tribunal civil ha condenado al editor de un album de caricaturas.

Aún está reciente el caso de aquella reclamación de madama Catulle Mendès, contra el caricaturista Rouveyre. La poetisa francesa, que sin duda no conoce el verso famoso en que se aconseja a las viejas no romper el espejo donde ven reflejada su imagen, se indignó contra el autor de *Carcasses divines* porque la presentara tal como es.

Sin embargo, madama Catulle Mendès defendía algo tan sagrado como el derecho a la ilusión. Bruscamente, bajo el lápiz cruel del caricaturista, se veía en toda su irremediable vejez, envuelta en toda la extravagancia de sus trajes arbitrarios y chillones.

Pero las señoras Réjane y Pierson, los señores Robert de Flers, Messager, Abel Hermant y Courteline que ahora han denunciado al caricaturista que ha dibujado sus *charges* para un album comercial y al editor de éste album, no protestan de la caricatura, sino de lo que pueda producir esa caricatura. No reclaman una indemnización porque el dibujante haya sabido encontrar el aspecto ridículo, la grotesca simplificación de sus rostros, sino por tratarse de un album en que se anunciaba cierto específico y había que cobrar el reclamo. Cada uno de los artistas y escritores reclamantes, ha recibido una indemnización de 500 francos... que es lo que se trataba de demostrar.

Más gallarda y altiva fué la actitud de Lamartine, cuando el caricaturista André Gill — cumpliendo una ley que prohibía durante el segundo Imperio caricaturizar a una persona sin previa autorización del interesado — le pidió permiso para dibujar su *charge*.

«Yo no puedo autorizar a nadie — contestó Lamartine — que se aproveche de mi rostro para ofender y burlarse de la figura humana. Mi figura pertenece a todo el mundo, al sol como al arroyo, pero tal como es, y no puedo consentir, voluntariamente, que la profane nadie, porque es un don recibido del Cielo.»

Respuesta digna de uno de los hombres que se consideraba, como se consideró Musset, el más bello de Francia. Es la respuesta que darían muchas actrices y muchos actores a nuestro caricaturista Fresno.

Los juguetes del aire

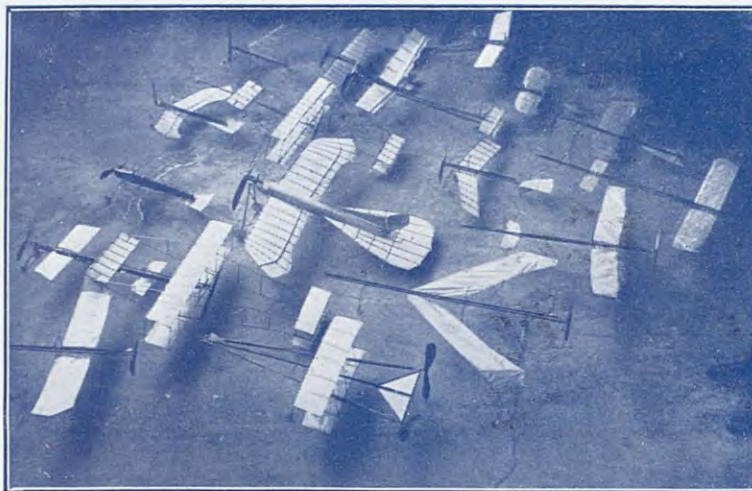
En Berlín se ha celebrado un concurso original. Lo organizó el Club berlinés de deportes aéreos y ha consistido en la presentación y lanzamiento de varios modelos de aeroplanos, pequeños y lindos como juguetes, como pájaros...

Y como libélulas. Porque así parados en tierra con sus hilos y alambres sutiles, con sus aletas y cola frágiles, con sus líneas graciosas y alargadas, evocan el recuerdo de las libélulas.

Contemplados en la fotografía parecen unos *Aeschna yanea*, con el cuerpo de armónicos verdes y las alas, que bajo el sol, serán nácares brillantes; otros sugieren el recuerdo de un azul *Arax Imperator*, ó del *Aexhna* que cruza sobre los lagos en una movible inquietud de alargada esmeralda. También hay otro que traza la decorativa silueta del ibis egipcio.

Cuando fueran lanzados al aire serían un bello espectáculo, un poco infantil. Les faltaba a este juego de hombres, la grandiosidad del otro juego de elementos, cuando ya las minúsculas libélulas sean enormes máquinas de lienzo, hierros y electricidad, cuando el hombre se confíe a su obra misma, y ambos pongan, por las pistas libres de los cielos, ruidoso estremecimiento de alas artificiales, y las palpitaciones sordas del humano corazón, que apagan las otras, vibrantes, poderosas, del motor eléctrico.

Entonces la lejanía volverá a mentir en el espacio azul, las siluetas de un pájaro, de una libélula, enorme y graciosa; pero ya no será el juego tan inofensivo, porque a veces las alas del aeroplano cortarán el aire con el ademán de deci-



Una exposición de pequeños modelos de aeroplanos celebrada en Berlín

sión y el rechinante silbido de la guadaña de la Intrusa, segando vidas humanas...

Filemon y Baucis

En Charolles (Francia), acaban de morir Filemon y Baucis.

Filemon se llamaba ahora Juan Kerckoff, tenía sesenta y siete años. Baucis, su mujer, tenía noventa años.

Sus vidas iban lentas, como los simbólicos ríos de Jorge Manrique, hacia el mar sombrío y muerto de Caronte. Pero a las márgenes de estos ríos lentos é iguales, les seguían renaciendo, en nuevos brotes, el perdurable amor.

Baucis enfermó gravemente. Filemon la veía morir, desesperado, sin armas ni energía contra el Destino implacable. Y cuando Baucis quedó rígida y muda para siempre, Filemon besó los helados labios, cerró piadosamente los párpados, cruzó las manos de dedos rugosos como sarmientos de vid; luego entró en una habitación contigua a la alcoba, escribió en un papel estas palabras de una sencillez clásica, de la clásica Mitilene de otro siglo: «No puedo sobrevivirla. También los viejos sabemos amar», y se mató disparándose dos tiros de revólver en la frente.

Sobre sus tumbas figurarán los nombres de monsieur Kerckoff y madama Kerckoff; pero estos no son sus nombres.

A través del tiempo, la viejecita de noventa años y el viejo de sesenta y siete han resucitado y han muerto muchas veces. El inmortal símbolo



Un monumento a la célebre enfermera Miss Florence Nightingale FOTS. HUGELMANN

del amor más fuerte que la vida misma es inmortal. Filemon y Baucis habrán sido enterrados en el cementerio de Charolles, pero acaso en este momento, van otra vez hacia la muerte bajo otros nombres con la sonrisa en los labios y el fuego del amor encendido en los corazones amantes...

Mujeres...

La actualidad mundial tiene en estos días silueta femenina. Con voces de mujer suenan los ecos informativos y femeniles rostros se asoman a la revistas al lado de las escenas sangrientas de las guerras, ó de las grotescamente lamentables de los episodios políticos.

Hablemos de algunas de estas mujeres. De una alemana, de una dinamarquesa, de una yanki, de una japonesa, de una italiana.

La alemana era la princesa de Wustemberg que ha muerto en Bres-

lau. Tenía una historia romántica y novelesca. En una Clínica, donde operaron a su madre, la princesa de Schaumbourg Lippe conoció al doctor Willin y se enamoró de él. Como la princesita de Benavente, no vaciló entre el amor del amado y los títulos y prerrogativas de su augusta familia. Renunció a ellos, y ya casada con el doctor Willin, estudió la carrera de medicina, se doctoró é ingresó en el partido socialista.

Fué el suyo un socialismo noble y romántico. No ardía en el fuego del odio; se caldeaba al fuego del amor.

Alemania que lucha entre los imperialismos de su ejército y los colectivismos de sus hombres cultivados por el estudio y por las lógicas y modernas renovaciones sociales, amaba a esta mujer que no descendió al pueblo, sino que elevó el pueblo hasta ella, que desdeñó la purpurina y el talco de una corona heredada, por el oro con que ella misma supo ennoblecer esta corona.

La dinamarquesa, la japonesa y la yanki, son tres casos que pueden aducir en favor suyo los defensores del feminismo.

La dinamarquesa es la señora Baudinz, que acaba de ser nombrada capitana de un trasatlántico danés. Aunque ya existían algunas mujeres empleadas en puestos auxiliares de navegaciones fluviales de China, Alemania y América, la señora Baudinz es el primer caso de que una mujer dirija un gran trasatlántico.

La japonesa es la señora Geno, que posee una de las más poderosas casas de banca de Tokio.

La señora Geno tiene setenta años y la misma fortaleza é idéntico entusiasmo por su oficio de ganar dinero que los millonarios yanquis. Trabaja doce horas diarias; se alimenta de arroz y pescado hervido y aunque su fortuna es enorme, viaja siempre en tercera clase, viste humildemente y no hace el menor gasto, que considera supérfluo por el mero hecho de ser gasto.

La yanki es la hija del ex presidente de los Estados Unidos, Taft.

Elena Taft ha estudiado en la Universidad de Brynmaur y se ha hecho sufragista. No renuncia a la tradición familiar como la «princesa socialista» por el amor de un hombre y después por el amor a la humanidad, ni procura ser útil a su patria y ganarse la vida como la señora Baudinz, ni siquiera tiene el egoísmo de la banquera Geno.

Miss Elena Taft se dedicará a incendiar templos y edificios públicos, a gritar en medio de las calles, a dejarse morir (hasta un límite prudente, claro es), de hambre cuando la encierren...

¿Y la italiana?

La italiana es la más admirable de todas. Su nombre tiene una resonancia universal. Era Florencia Nightingale y consagró su vida a la caridad y al sacrificio.

La ciudad donde naciera y cuyo nombre lucía en aquella mujer excepcional con los bellos fulgores que en la ciudad misma, Florencia, acaba de rendirle un homenaje.

En el monasterio de Santa Croce se ha colocado su estatua modelada por el escultor inglés Sergeant. La representa con el traje sencillo de helénicos pliegues que llevara en las ambulancias sanitarias durante la guerra.

José FRANCÉS

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



UN VASO DE AGUA

Cuadro de Moreno Carbonero, existente en el Museo de Arte Moderno

UNA FIESTA EN LA EMBAJADA FRANCESA



Una escena de la revista "Madrid-París", representada en la fiesta que se celebró en la Embajada francesa el día 7 del actual

Bellísima y de perdurable recuerdo fué la aristocrática fiesta que en honor de SS. MM. dieron el jueves último, en sus salones de la Embajada francesa, monsieur y madame Geoffray. En un pequeño escenario, alzado en el salón de baile, sobre macizos de rosas, lilas y claveles, y cuyo telón de boca estaba formado por dos hermosas cortinas de riquísimo terciopelo verde, representóse una ingeniosa revista en dos actos y un prólogo, compuesta especialmente para la expresada fiesta, y titulada *Madrid-París*. Los artistas y los aristócratas que interpretaron la obra merecieron los entusiastas aplausos que se les dedicó. Tanto SS. MM., los Infantes doña Isabel y don Fernando que honraron la fiesta con su asistencia, como los demás concurrentes, entre los que se

veía lo mejor del Cuerpo Diplomático, de la aristocracia madrileña y lindas representaciones de la política y del arte, quedaron gratamente impresionados de la velada, en la que el ingenio, la elegancia y la riqueza rivalizaron sin cesar. Después de la representación teatral sirvióse una espléndida cena. Con sus peculiares distinción y amabilidad hicieron los honores de la fiesta, que terminó á hora muy avanzada de la madrugada, monsieur y madame Geoffray, secundados por todo el personal de la Embajada, compuesto de madame Vieugué, monsieur y madame Wienno, el vizconde y la vizcondesa de Felcourt, el vizconde de la Baume y el coronel Tillion. La fiesta resultó un completo y brillantísimo éxito artístico.



Grupo de señoras y señoritas de la aristocracia madrileña que tomaron parte en la fiesta de la Embajada francesa FOTS. ALFONSO

UN NUEVO TEMPLO EN MADRID



Vista general de la nueva iglesia parroquial de la Concepción, que se ha inaugurado el día 10 del actual en la calle de Goya, de Madrid
D. Jesús Carrasco, arquitecto director de las obras

FOT. MARÍN

DESDE el día 10 del corriente cuenta el populoso barrio de Salamanca con un hermoso templo parroquial. La nueva iglesia de la Concepción que viene a reemplazar a la pequeña y mezquina de la calle de Hermosilla, levanta su gallarda torre de 71 metros en una de las más espaciosas y soleadas calles del aristocrático *faubourg* madrileño, y honra por su sólida construcción y su elegante traza al arquitecto que ideara los

primeros planos, Sr. Jiménez Cerera, y al Sr. D. Jesús Carrasco, continuador de las obras. Estas se iniciaron en 1902 y se calculó por entonces su coste en un millón de pesetas. Los fondos se han reunido por medio de limosnas, donativos y suscripciones, que recaudaba una Junta de aristocráticas damas presidida por la Sra. Duquesa de la Victoria, y que ha trabajado con verdadero entusiasmo por la realización del piadoso propósito.

El tiempo al andar, rompe tradiciones que son papeles viejos sólo a propósito para entorpecer el libre paso de la vida. Vamos aprendiendo, a medida que somos mejores, a consagrar el hoy olvidando rápidamente lo que pasó; el que recuerda pone un gesto que pudiéramos llamar de archivo; una mueca ridícula y sensiblera de melancolía romántica; la actitud del que permanece en acecho de lo porvenir, es de ansiedad gallarda y valiente; elegancia de juventud. Lo peor del caso, es haber tenido precisión de que pasaran tantos siglos de inicu torpeza para convencernos de esta gran verdad.

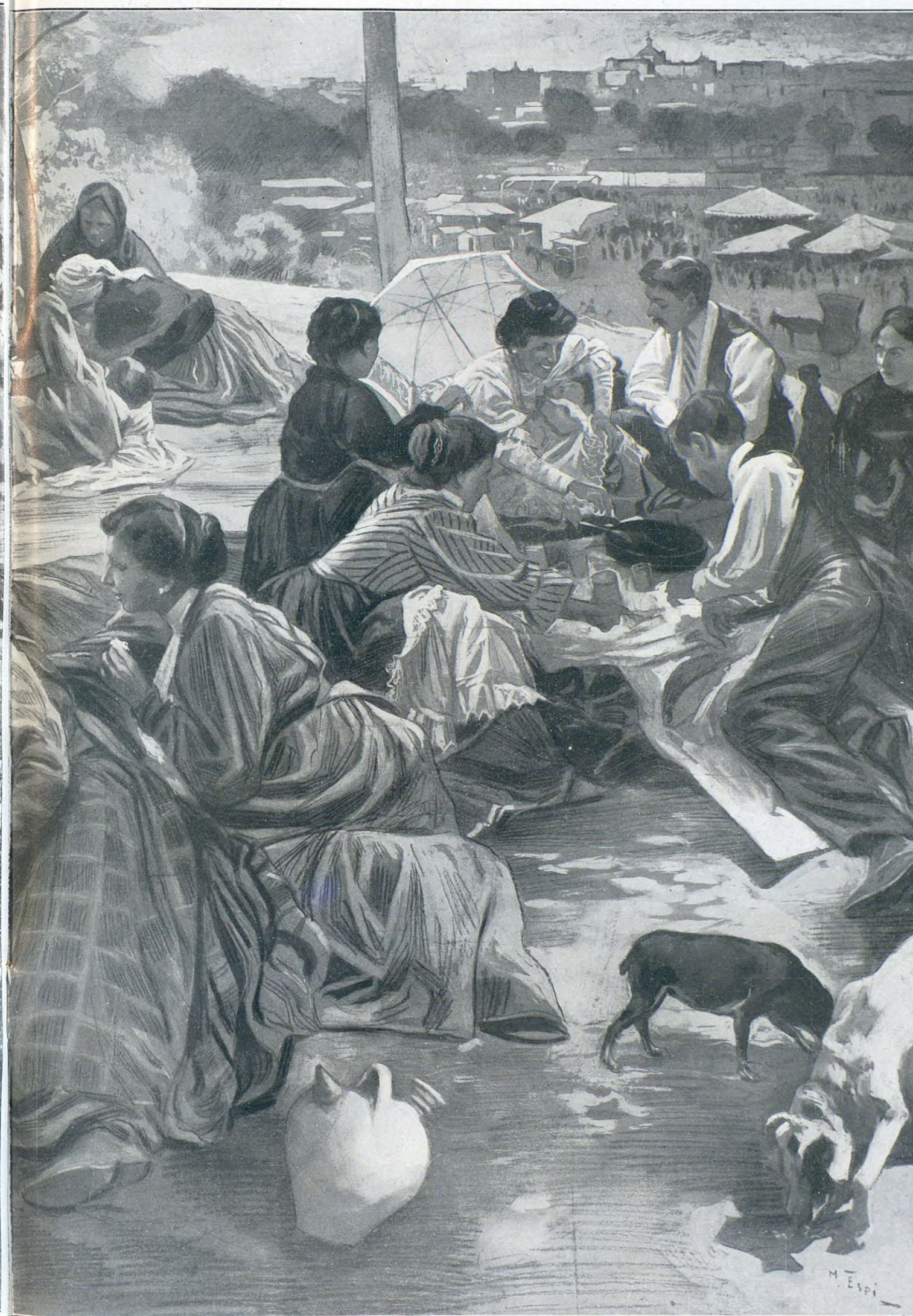
Con las fiestas por tradición, resulta lo que con los retratos antiguos; que son insoportables. En los tiempos pretéritos en que la faja municipal no había profanado aún las márgenes de un río de aguas bellas, cuando, aun siendo escasas, refulgían entre la esmeralda viva de los oteros, dejando descansar sus transparentes linfas en el ocre de ambas riberas; cuando Madrid se ahogaba entre sus deleznales murallas de ladrillo recocho y el polvo de las calles invadía la parte de nariz que dejaba libre el rapé, podían admitirse las verbenas en el Solillo y las romerías del Santo Patrón de la Corte.

No creo, sin embargo, que a pesar de los lienzos de Goya y de las bellas narraciones cuajadas de detalles prolijos que poco a poco aumentaron con los de su peculio é invención los señores cronistas, tuvieran aquellas fiestas populares, el fausto que se les supone. Tenderetes con cubetas de aloja y pasta de alajú, sobre mezquinos mostradores de tablas desnudas y sin cepillar... vino, torrados y pasas; una procesión de hombres pardos y de majas vocingleras entre dos filas de tingladillos; algunos peluquines y casacas y semblantes cetrinos de endomingados señores y patisiosos figurines; unas campanitas vibrantes, chillonas de incesante sonar; algarabías de gaitas rabiosas que rasgaban el aire y de pitos que lo punzaban; notas riquísimas para aquellos oídos ineducados, y eso fué todo, y en aquella edad y con tales figuras debió quedarse; pero, actualmente, y por impopular que parezca este aserto, la tal romería que es una parodia, no puede parecerse sino algo que acusa un estancamiento del espíritu y una cristalización del mal gusto.

Madrid que ha ido ensanchándose con pujos de llegar a capital de mucha importancia, ofrece amplios alrededores para merendonas y festejos al aire libre, propicios a las vulgares expansiones. No hace falta, pues, que al llegar el día del santo, las familias se organicen por grupos y allá



Aspecto de la pradera de San Isidro durante la tradicional romería que se celebra en Madrid



se vayan con los botijos, que de perfil suelen confundirse con las caras de los que los llevan, las anchas botas madura-costillas, henchidas de morapio y cestos y lios con la carga aceitosa de las tortillas y los filetes de ternera empanada, hala que te halaras, a engullir todo aquello, tras de dos leguas de camino, en una praderilla sucia y angosta, junto a un arroyo pestilente, entre perniciosos hedores de lavadero y al lado de la capilla de un camposanto, cuya fuente, y a pesar de la célebre décima de Lope, Dios sabe los microorganismos que arrastrará en sus aguas.

Es decir, que lo que antiguamente servía para volver sin calentura, ahora puede servir para volver con ella.

Decimos esto como cosa que está en lo posible y que todos nuestros lectores de buen sentido considerarán como probable.

Aquello pasó; perdió poesía, porque fué perdiendo belleza y los hijos de Madrid, más reflexivos ya, encuentran demasiado agobio en pasar el Mundo Nuevo y las lindes del Rastro, y los vetustos puentes y los viejos y raidos pontones y los barrancos atosigadores por el olor del humo acre de las gallineas, para traer un pito de cristal y atormentar con él al prójimo.

Dejemos que la juerga se enseñoree de aquellos sitios y que corra el vinazo á mezclarse con las hediondas aguas de un riachuelo, llamado a transformarse también. La vida moderna tiene aspiraciones más acomodadas con la marcha del mundo; holgorios y esparcimientos muy diferentes. Hay precisión de dejar relegadas a las páginas de las viejas crónicas, las viejas costumbres que ya no tienen razón de ser.

Edúcase nuestra raza muy lentamente, y hay en todo lo que no dice ni hace todavía, algo que revela su transformación; síntomas de inquietud por el ansia de fijar orientaciones nuevas rompiendo definitivamente con el pasado; quizá las creencias sean más puras y vigorosas; quizá exista más fe en Dios y en el propio esfuerzo; ansia de hacer Historia nueva con datos más firmes y positivos, sin dar ventajas a la fantasía ni a la exageración, que fueron la norma y el carácter de la infantilidad de los pueblos. Hoy a los quince años, cualquier niño se siente capaz de constituirse en hombre de Estado y quizá lo sea; su prurito es crear; expresarse en forma diferente de lo que oyó; hacer léxico, salirse de los moldes que le atosigan, romper con la costumbre contodo. ¿No es natural que rompa mejor con estas costumbres de mal gusto, que por equivocación llamaron fiestas tradicionales nuestros mayores?

DIBUJO DE ESPÍ

TIMIDECES

MARIA ANTONIETA — LA VÍCTIMA MÁS GRANDE DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Si leyese usted los tomos XIII y XIV de la HISTORIA DEL MUNDO EN LA EDAD MODERNA, se convencería de que no hay novela que interese más que este monumento bibliográfico

Si le interesa á usted esta obra, que es un poderoso instrumento de cultura; si desea usted conocer la **Historia del Mundo en la Edad Moderna**, que es, indudablemente, el período más interesante de la historia, decídase á adquirir la obra que le ofrecemos, única que existe en idioma castellano. Por una cuota inicial de 20 pesetas, y algunas mensualidades de 15 pesetas, puede usted poseer este monumento bibliográfico. Inmediatamente después de haber abonado la primera cuota, enviaremos á su domicilio los 25 tomos de la **Historia del Mundo**, y una magnífica biblioteca de caoba ó roble macizo.



Maria Antonieta en la Conserjería

María Antonieta marchó á la muerte resignada y fuerte; pero convencida de su completa inocencia. Ese sentimiento la había sostenido durante su cautividad, comenzada en las Tullerías, en el mes de Octubre de 1789, después de la invasión de Versalles, y continuada en el Temple, después del 10 de Agosto de 1792, y de la supresión de la monarquía. Se ha dicho con razón, que no existe en la historia de la humanidad una criatura que haya sufrido tanto como María Antonieta en los sombríos días que la vieron prisionera, y que después de la Pasión de Cristo, no ha habido otra más dolorosa que la suya. Fechas para siempre famosas en la historia, señalan las etapas de su martirio: la noche del 5 al 6 de Octubre en Versalles, y el humillante regreso á París en medio de una banda de energúmenos que llevan en la punta de sus picas, delante del coche real, las cabezas de dos guardias de corps, asesinados defendiendo á sus soberanos; la fuga á Varennes en Junio de 1791; el asalto de las Tullerías por el populacho el 20 de Junio de 1792; del 10 al 13 de Agosto del mismo año, la matanza de las Tullerías, el voto de destronamiento y la prisión del rey y de su familia en la torre del Temple; las matanzas de Septiembre y el espantoso episodio de la muerte de la princesa de Lamballe; en Enero de 1793 el proceso y la muerte del rey; en el mes de Julio, el

Si usted lo desea, le enviaremos nuestro folleto descriptivo y un formulario de pedido, donde están reproducidos en sus propios colores las bibliotecas y las diferentes encuadernaciones de la HISTORIA.

Todos los datos que necesite usted, se los enviaremos á vuelta de correo. No le costará más que el trabajo de pedirlo.

Diríjase usted á RAMÓN SOPENA, Cádiz, 7, 2.º MADRID, ó Provenza, núm. 95, BARCELONA.

La correspondencia de provincias y extranjero, debe dirigirse á Barcelona.

Visite usted la exposición de la **Historia del Mundo** en las librerías siguientes:

MADRID.—Martínez Gayo, Arenal, 6.
BARCELONA.—Domingo Ribó, Pelayo, 46.
SEVILLA.—Juan Antonio Fe, Sierpes, 89.
ZARAGOZA.—Cecilio Gasca, Coso, 33.
BILBAO.—Viuda y Sobrino de E. Villar, Granvía, 16 y 18.

Precio de la obra, incluyendo el mueble biblioteca:

Encuadernación tela inglesa: Á PLAZOS 395 pesetas, ó sea una cuota inicial de 20 pesetas y 25 mensualidades de 15 pesetas.—AL CONTADO: 350 pesetas.

Encuadernación 3/4 tafilite: Á PLAZOS: 550 pesetas, ó sea una cuota inicial de 30 pesetas, y 26 mensualidades de 20 pesetas.—AL CONTADO: 500 pesetas.

decreto de la Convención que ordena que el hijo de María Antonieta sea separado de su madre, á quien se lo arrancan á pesar de sus lágrimas y de sus gritos. Como criminal compareció María Antonieta ante el tribunal revolucionario, cuyo presidente debía interrogarla, y ante el Jurado que debía pronunciar la sentencia, Jurado compuesto de hombres oscuros, que no habían sido escogidos sino para que obedeciesen. María Antonieta estaba hermosa todavía, y habría parecido joven si sus cabellos no hubieran prematuramente encanecido. Tal como estaba, habría dado lástima á tigres. Por eso, importaba que los jueces no se conmovieran. El acusador público, el innoble Fouquier-Tinville, se dió á la tarea de cerrar todos los corazones á la piedad. Su elocuencia venenosa se ejerció sin medida á costa de la acusada. Su calumniosa acusación la comparó á Mesalina, á Brunehilda, á Fredegunda ó María de Médicis. El juicio, comenzado el 14 de Octubre, terminó el 16 á las 4,30 de la mañana. Mientras le leían la sentencia que la condenaba á muerte, la reina quedó impasible y silenciosa. Conducida á su prisión y prevenida de que su ejecución debía ser inmediata, escribió á su cuñada Madame Isabel una emocionante carta cuyo autógrafo y traducción pueden verse en la **Historia del Mundo en la Edad Moderna**.



Maria Antonieta rechaza las acusaciones de sus verdugos



Maria Antonieta camino de la guillotina



Automóviles Renault

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

TALLERES Y GARAGE:
AVENIDA DE LA PLAZA DE TOROS, 9
Teléfono 1.404

SALÓN DE EXPOSICIÓN:
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 23, MADRID
Teléfono 1.415

UNA REVOLUCIÓN EN EL CINEMATÓGRAFO

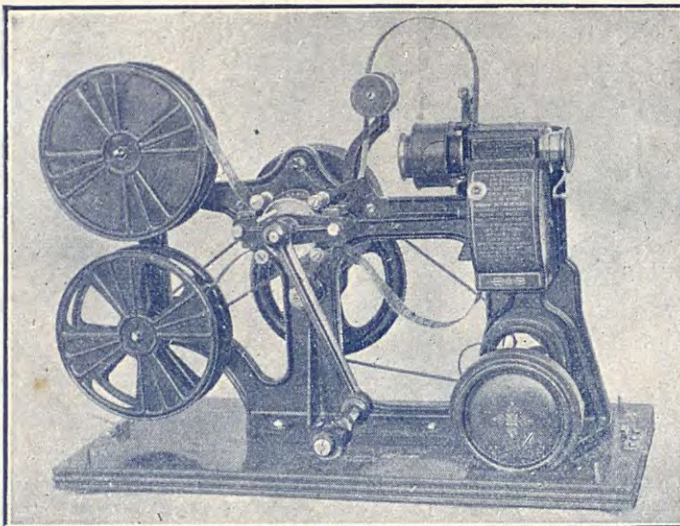
➔ LAS PELÍCULAS ININFLAMABLES :: LAS PROYECCIONES CIENTÍFICAS ➔
LA VERDADERA APLICACIÓN DE ESTE MARAVILLOSO INVENTO

Hasta hoy, la importancia del coste de toda instalación cinematográfica limitaba a los espectáculos públicos la aplicación del maravilloso invento que tanto ha influido en las costumbres modernas. Requería, en primer lugar, la construcción de un local *ad hoc*, no siempre en las condiciones de seguridad e higiene que deben apetecerse; exigía, además, personal adiestrado en el manejo de aparatos y películas y llevaba consigo una cantidad no pequeña de inconvenientes que, con toda certeza, no escaparán a la consideración del lector. Hoy, con el aparato «Kok», afortunadísimo resultado de los asiduos trabajos de la Casa Pathé Frères, se resuelven de plano y uno por uno cuantos inconvenientes pueda tener el cinematógrafo conocido.

En un estuche cuyo volumen es menor que el de una máquina de escribir, se contiene todo lo que constituye el aparato «Kok», y el aparato «Kok» no es ni más ni menos que un cinematógrafo completo para dar proyecciones en la casa, en la tranquilidad y comodidad del hogar, sin molestias, sin peligros, sin ninguna clase de inconvenientes.

Su ingeniosa construcción permite enchufar el aparato a la instalación de una bombilla corriente de alumbrado eléctrico.

La proyección puede hacerse desde cualquier distancia y desde el tamaño de tarjeta postal hasta má-



de tres metros; es decir, como las proyecciones habituales de los grandes cinematógrafos. Colocada la película, se hace funcionar un interruptor y el aparato se pone en movimiento sin necesidad de ninguna otra manipulación hasta pasada la película por entero.

Estas sencillísimas disposiciones permiten que cualquier persona efectúe las proyecciones; un niño, sin ninguna clase de peligros, puede hacer todas las manipulaciones con la propia perfección de un profesional del cinematógrafo.

Las películas son completamente ininflamables e incombustibles; el stock de las mismas es inagotable y variadísimo en sus asuntos, y dada la baratura de los abonos y las ingeniosas combinaciones que para el alquiler de películas tiene establecida la casa, el comprador de un aparato «Kok» tiene siempre a su disposición un repertorio variado y del más alto interés.

Los representantes de los aparatos
"KOK"

son los señores VILASECA y LEDESMA, establecidos en esta corte, call: MAYOR, 18, entlos.

LA TISIS PUEDE SER CURADA

DESCUBRIMIENTO DE UN REMEDIO CONTRA LA TISIS



Dr. Derk P. Yonkerman, el Descubridor del Nuevo Remedio contra la Tisis

Después de siglos de investigaciones, sin éxito, se ha descubierto un remedio para la curación de la Tisis, aún en los periodos avanzados de la enfermedad. Nadie puede dudar que la Tisis tiene remedio una vez que haya leído los testimonios de centenares de casos curados mediante este notable descubrimiento—algunos de ellos cuando un cambio de clima y todos los demás remedios habían sido probados sin éxito, y sus casos se consideraban como incurables. Este remedio nuevo es también eficaz y rápido en la curación del Catarro, de la Bronquitis, del Asma y otras enfermedades de la garganta y de los pulmones.

Para que todos los que necesiten este tratamiento, puedan investigar su mérito personalmente, se ha publicado un libro explicativo que trata de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro y las enfermedades aliadas de la garganta y de los pulmones. El libro explica la naturaleza del nuevo tratamiento y demuestra de una manera indisputable cómo y por qué este descubrimiento del Doctor Yonkerman cura rápidamente estas enfermedades peligrosas.

Para los que padezcan de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro ó cualesquiera de las enfermedades aliadas de la garganta ó de los pulmones, este libro es

ABSOLUTAMENTE GRATIS

No hay que mandar timbres postales ni dinero. Que el interesado mande su nombre y dirección a la Derk P. Yonkerman Company, Ltd., Departamento 670, 6, Bouvrie Street, Londres, Inglaterra, haciendo mención de este periódico y se le enviará el libro bajo cubierta sencilla, libre de porte, a vuelta de correo.

Que no se espere que se desarrollen los síntomas de la Tisis. Si tiene usted Catarro crónico, Bronquitis, Asma, dolores en el pecho, resfrío de los pulmones, ó cualquiera enfermedad de la garganta ó de los pulmones, escribanos hoy, pidiendo el libro.

Comprad Bordados

Schweizer

directamente de Suiza,
franco de porte y de derechos de entrada, a domicilio.

TRAJES desde Ptas. 13.80	BLUSAS desde Ptas. 4.75
TRAJES PARA NIÑAS desde Ptas. 6.90	

En el mejor bordado suizo, sobre batista, vuelo, crepon tela y sobre sedas novedad.
Pidase nuestra colección 159 de figurines nuevos con muestras del bordado.
Nuestros bordados son sin confeccionar, pero enviamos a quien los solicite, patrones cortados en todas las medidas.

Schweizer & Co. Lucerna Suiza

DIABETES - ALBUMINURIA

ENFERMEDADES ESPECIALES

EN AMBOS SEXOS, PÉRDIDAS, BLENORRAGIA,

ENFERMEDADES SECRETAS, ALMORRANAS

Curación radical, rápida y sin recaída, por medio de plantas desconocidas, en todos casos, por graves y antiguos que sean. Pidan al mismo autor, el DOCTOR DAMMAN, 76, RUE DU TRONE, BRUSELAS (Bélgica), ó á Gayoso, farmacia, Arenal, 2, Madrid, el folleto general D 25, ó para las enfermedades secretas el folleto S 25, con las pruebas de curaciones efectuadas.



SE DICE

La fuerza más grande del mundo es SE DICE—la fuerza de la opinión pública. Lo que SE DICE la opinión del hombre en la calle, hace ó deshace una comedia, un actor, un hotel, un hombre, un automóvil.

El juicio de SE DICE es siempre certero, indestructible. Cuando SE DICE «tal automóvil tiene una historia funesta, es endeble, le falta magneto de alta tensión, la suspensión es defectuosa», es cierto.

Lo que SE DICE «ha vendido y está vendiendo más automóviles Maxwell que todos nuestros anuncios y que todos nuestros Agentes». Desde el principio SE DICE «que Maxwell es un buen automóvil»—fueron buenos los primeros que se fabricaron y siguen siendo mejores cada vez.

TORPEDO 415 ASIENTOS 25-4, EQUIPADO, PTAS. 6.750

AGENCIA EN ESPAÑA: AYGÜES Y GONZALEZ GUARDIOLA, ISABEL LA CATÓLICA, 8, VALENCIA

